# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX | San José, Costa Rica | **1930** | Sábado 26 de Abril | Núm. 16

Año XI. No. 488

SUMARIO



## Simón Bolívar

=De la preciosa compilación *Simón Bolívar, por los más grandes autores americanos*. RENACIMIENTO. 1914. Madrid.=

BOLÍVAR es el más grande de los libertadores americanos: es el Libertador. Supera a unos en ambición, a otros en heroísmo, a todos en actividad multiforme, en don profético, en imperio. Fué, en medio de gloriosos generales, de enemigos caudillos, el héroe de Carlyle: «fuente de luz, de íntima y nativa originalidad, virilidad, nobleza y heroísmo, a cuyo contacto todas las almas se sienten en su elemento». Ante él cedían todos los poderes. «A veces—escribía su adversario el general Santander—me acerco a Bolívar lleno de venganza y al sólo verlo y oírlo me he desarmado y he salido lleno de admiración.» El pueblo, con infalible instinto lo endiosa, comprende su misión heroica. El clero lo exalta y en la misa de las iglesias católicas se canta la gloria de Bolívar entre la Epístola y el Evangelio.

Es estadista y guerrero, crítica la oda de Olmedo sobre la batalla de Junín, determina la forma de un periódico, traza planes de batalla, organiza legiones, redacta estatutos, da consejos de diplomacia, dirige grandes campañas: su genio es tan rico, tan diverso como el de Napoleón. Cinco naciones que ha libertado del dominio español le parecen estrecho escenario para su acción magnífica; concibe un vasto plan de confederación continental. Reúne en Panamá a los embajadores de diez repúblicas y sueña ya en una Liga anfictiónica de estas democracias que influya en los destinos del mundo.

Nació Simón Bolívar en Caracas el 24 de Julio de 1783, de noble familia vascongada. Viajó en su juventud por Europa con su maestro Simón Rodríguez, austero mentor; leyó a los clásicos latinos, a Montesquieu, a Rousseau, a Holbach, a Spinoza, a los enciclopedistas. Juró en Roma, en el Aventino, ante aquel maestro, como Aníbal en la edad antigua, consagrar su vida a la libertad de su patria. Su patria fué la América.

Era nervioso, impetuoso, sensual, rasgos del criollo americano; activo y constante en sus empresas, como heredero de vascos tenaces, generoso hasta la prodigalidad, valiente hasta la locura. Tenía la actitud y la fisonomía de los caudillos: frente alta, cuello enhiesto, mirada luminosa que impresionaba a amigos y enemigos, andar resuelto, elegante ademán. Individualidad forjada para la acción, sin tardanzas ni veleidades; figura y genio de *Imperator*. Después de sus largos viajes cumplió el juramento de Roma. De 1812 a 1830, batalla contra los españoles y contra sus propios generales, infatigable en su obra libertadora. Dos temibles jefes españoles Boves y Morillo, llevan a Venezuela la «guerra a muerte» Bolívar los combate, ayudado por Bermúdez, Arismendi, Piar, Ribas, Mariño, Páez, etc., tenientes alternativamente dóciles y rebeldes a su acción guerrera. Lo acompaña asimismo desde 1818 una legión de seis a ocho mil ingleses, entre oficiales y tropas, que la mayor parte desaparecen en la guerra. Prepara desde las Antillas diversas expediciones; lo nombran jefe supremo, presidente provisorio, director de la campaña: dudan de él sus generales, envidian su prestigio, conspiran contra su autocracia. Bolívar continúa la guerra en medio de la anarquía colombiana: aniquila a los españoles en el Orinoco y toma a Angostura (1817), que erige en capital provisoria; en Boyacá (1819), y ocupa a Bogotá; en Carabobo (1821), y entra victorioso a Caracas; en Bomboná y Pichincha (1822), y conquista el Ecuador y entra en Quito.

El Perú, llama al Libertador, al «gran Bolívar, al héroe de América». Impulsado por su genio acepta la súplica peruana. No ignora los peligros de esta empresa el caudillo colombiano: son veteranas las tropas españolas, han vencido durante catorce años, tienen recursos en la sierra, y los aliados colombianos y peruanos les son inferiores en experiencia del terreno y en cohesión. «El negocio de la guerra del Perú requiere una contracción inmensa y recursos inagotables»,—escribía el Libertador a Sucre. No olvida tampoco que «la pérdida del Perú producirá necesariamente la de todo el Sur de Colom-

*Bolívar en 1829*

Del natural, por *Antonio Salas*

---

*Madrid 24 de Marzo 1930.*

*Querido García Monge:*

*Le escribo con ocasión de haber leído, en uno de los últimos números de nuestro* Repertorio *que usted, durante todo el año de 1930,—centenario de la muerte de Bolívar—iba a dedicar en cada uno de los números un recuerdo a la memoria del Libertador. A mí me ha conmovido mucho la idea. Es delicada y oportuna. La más decisiva, sin duda, para herir el corazón de muchos millones de hispano-americanos que vemos en Bolívar no sólo al héroe representativo de nuestra raza, sino al símbolo inmortal de la unión y fraternidad de todos nuestros Pueblos, que él tanto amó y quiso ver unidos.*

*Si no por este mismo correo, por uno muy próximo le remitiré una notícula inédita sobre el Libertador.*

*R. Blanco-Fombona*

bia». El Congreso de Lima le concede «la suprema autoridad militar en todo el territorio de la República». Dos grandes batallas, Junín y Ayacucho (1824), destruyen el poder español y aseguran la independencia de toda la América. En Junín dirige Bolívar una carga de caballería que decide la victoria. Sigue una lucha cuerpo a cuerpo, sonoro choque de sables, sin un tiro. Sucre es el héroe de Ayacucho: combina el admirable plan de batalla. Son 6.000 los patriotas y 9.000 los realistas, es superior la artillería española a la de los Aliados. Empieza el fuego de los enemigos que descienden de las lomas, se aproximan las dos líneas de batalla. La noche sirve de tregua a los combatientes; oficiales de ambos ejércitos conversan en fraternales grupos antes del próximo combate. En la mañana del 9 de Diciembre, una carga de caballería del general Córdoba, «a paso de vencedores» dispersa los batallones realistas. Interviene entonces la reserva de los españoles, flaquea la izquierda de los patriotas. Reanimada la línea peruana, es completo el triunfo. Capitula el ejército español; se entregan catorce generales; abandonan el Perú sus antiguos dominadores. La América es libre. Bolívar elogia el heroísmo de Sucre, «padre de Ayacucho, redentor de los hijos del sol». Lima endiosa al Libertador, lo declara padre y salvador del Perú, presidente perpetuo. Después de esta victoria, varias acciones secundarias en Alto Perú, la toma de Potosí, la destrucción y muerte del general Olañeta en Tumusla, la rendición del fuerte del Callao, donde se conservan los penates de España, y la dominación del Pacífico terminan la magna obra militar de Bolívar. Esa obra militar es, por su extensión, su trascendencia y las dificultades vencidas, de las más grandes que realizara soldado alguno.

Sus últimos años son meláncolicos como un lento crepúsculo del trópico: antiguos y obscuros guerilleros realistas pasados a los patriotas se levantan; Córdoba se insurje; Páez, Santander, conspiran contra su poder; sucesivamente se le confía la primera magistratura y se le despoja de ella; se le ofrece una corona y se reniega de su autocracia. Muere el Libertador en Santa Marta, abandonado y trágico, en la desierta costa colombiana, frente al mar, como Napoleón en la áspera isla sajona, a los cuarenta y siete años de edad, el 17 de Diciembre de 1830.

Bolívar es general y estadista, tan grande en los congresos como en las batallas. Es superior a todos los caudillos como político. Es un tribuno. Es el pensador de la Revolución; redacta constituciones, analiza el estado social de las democracias que liberta, anuncia con la precisión de un vidente el porvenir.

Enemigo de los ideólogos, como el primer cónsul; idealista, romántico, ambicioso de síntesis en las ideas y en la política, no olvida las rudas condiciones de su acción. Su latino ensueño parece templado por un realismo sajón. Quiere, discípulo de Rousseau, «que la autoridad del pueblo sea el único poder que existe sobre la tierra.» Para ante la democracia anárquica busca inquietamente un poder moral. En 1823 pensaba: «La soberanía del pueblo no es ilimitada; la justicia es su base y la utilidad perfecta le pone término». Es republicano: «desde que Napoleón (a quien tanto admiraba) fué rey—decía—, su gloria me parece el resplandor del infierno». No quiere ser Napoleón, ni menos Itúrbide, a pesar del servil entusiasmo de sus amigos. Desdeña las glorias imperiales para ser soldado de la independencia. Analiza profundamente los defectos de una futura monarquía en las antiguas colonias españolas.

En la conferencia de Guayaquil (1822) representó San Martín la tendencia monárquica; Bolívar el principio republicano. Su oposición era irreductible—dice un historiador argentino—, porque perseguían: el uno, la hegemonía argentina; el otro, la colombiana; la primera que respeta la individualidad de cada pueblo, y sólo por excepción acepta intervenciones; la segunda que pretende unir a diversos pueblos «según un plan absorbente y monocrático». Este antagonismo exigía un término superior de acuerdo, una síntesis, porque la doctrina colombiana produjo, como reacción, la prematura formación de inseguras democracias, y la teoría argentina favoreció la indiferencia, el egoísmo y el aislamiento de naciones unidas por la raza, la tradición y la historia.

El genio, el orgullo aristocrático, la ambición de Bolívar lo llevan a la autocracia. Ejerce la dictadura, cree en los beneficios de la presidencia vitalicia. «En la República—enseñaba—el ejecutivo debe ser más fuerte, porque todo conspira contra él, en tanto que en las monarquías el más fuerte debe ser el legislativo, porque todo conspira en favor del monarca. Estas mismas ventajas son las que deben confirmar la necesidad de atribuir a un magistrado republicano una suma mayor de autoridad que la que posee un príncipe constitucional». No olvida los peligros de una presidencia autoritaria. Lo inquieta la anarquía, que crece—«la feroz hidra de la discordante anarquía», como una vegetación viciosa, ahogando su obra triunfal.

Aterrado contempla las contradicciones de la vida americana: el desorden trae la dictadura y ésta es enemiga de la democracia. «La continuación de la autoridad en un mismo individuo—escribe el Libertador—frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos». Pero también: «La libertad indefinida, la democracia absoluta son los escollos donde han ido a estrellarse todas las esperanzas republicanas». Libertad sin licencia, autoridad sin tiranía: tales son los ideales de Bolívar. En vano lucha por ellos, entre generales ambiciosos y pueblos desordenados. Comprende antes de morir, la vanidad de su esfuerzo. «Los que han servido a la Revolución—exclama—han arado en el mar... Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América.» Denuncia la miseria moral de estas nuevas Repúblicas con la crudeza de los profetas hebreos: «No hay buena fe en América ni entre los hombres, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía; la vida, un tormento».

Este pesimismo, que fué el credo de su madurez, se fundaba en el implacable análisis de los defectos americanos. Comprendió la originalidad y los vicios del nuevo continente. «Nosotros somos—decía—un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevos en casi todas las artes y las ciencias, aunque, en cierto modo, viejos en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América como cuando, desplomado el Imperio Romano, cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses, situación o Corporaciones...» «Ni nosotros ni la generación que nos suceda—pensaba en 1822—verá el brillo de la América que estamos fundando. Yo considero a la América en crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes; al fin habrá una nueva casta de todas las razas que producirá la homogeneidad del pueblo».

Mientras los doctores fabricaban utopías, imitaban en improvisados estatutos la constitución federal de Estados Unidos, legislaban para una democracia ideal, Bolívar estudia las condiciones sociales de América. «No somos europeos —escribe— no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles: americanos por nacimiento y europeos por derecho, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vió nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado». «Tengamos presente—agrega—que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte; que más bien es un compuesto de Africa y América

# Alberto Guerra Trigueros, gran poeta desconocido

=De *El Espectador*. San Salvador=




Se vende esta obra en la Librería Alsina y en la Adm. de este semanario, a ₡ 5. Cada ejemp. que se venda es a beneficio del *Rep. Am.*

Suspendo por corto lapso las siluetas de los hombres cuajados de El Salvador, para ocuparme brevemente en un somero estudio relativo al poeta Alberto Guerra Trigueros, casi desconocido en su terruño. No voy a hacer—como quizá algunos lo aguarden—una crítica de la obra de este portalira, de índole pedantescamente literaria. Mis aspiraciones son más modestas: pretendo sólo relievar su egregia figura y exhibirla como la de uno de los más grandes líricos de América. Lo que quizá ha de parecer excesivo, a quienes juzgan que este país puede producir, si acaso, uno de los mejores cafés del mundo. Vivo ahora momentos de audacia y de superación intelectual, y aprovecho tal coyuntura para decir cosas que callé antaño. Sobre mi conciencia pesa como un imperativo categórico, la frase tajante de Guillermo Valencia: «hay que tener el valor de tener talento» Que tiemblen, pues, las momias académicas y tradicionalistas en sus sarcófagos dorados...

Si detengo ahora el curso sosegado de estos *Indices*, es porque he estado leyendo con delectación—y sigo leyendo aún—el libro magnífico de Guerra Trigueros, intitulado ***El Surtidor de Estrellas.*** Todo convida en esa obra al goce apacible, profundo y moroso de la belleza auténtica, de la poesía pura, sin cortejo de abalorios y sin hueca palabrería efímera. El bardo salvadoreño conoce todos los recursos de la métrica; pero por sobre la perfección formal de su verso, está el dón supremo, indefinible de la inspiración, que nos hace olvidar que emplea palabras. Posee, además, una imaginación fértil, que da a sus creaciones cierta plasticidad resaltante. Ya lo habia dicho Coleridge «la imaginación constituye el dón esencial del poeta, que mediante esa facultad idealiza y unifica cada uno de sus temas, disuelve y disipa para crear de nuevo; en tanto que la fantasía no es sino una especie de memoria emancipada del tiempo y del espacio.»

En el canto inicial de ***El Surtidor,*** que es como una síntesis o un plan ideológico del libro en referencia, Guerra Trigueros se exhibe como un poeta en perfecta madurez. Me ha hecho recordar, por cierta asociación de ideas, al Darío de ***Cantos de Vida y Esperanza;*** pero es un Rubén más hondo, más trascendente, más alejado del juglarismo verbal; poseedor de una melancolía orgánica, sin antecedentes literarios; que no es consecuencia de lecturas *fashionables*, sino resultante legítima de la posición demasiado humana que este vate asume ante el misterio circundante, ante los mil enigmas de la vida, ante las sombras trágicas del más allá incógnito.

Guerra Trigueros — lo digo con el énfasis que el caso requiere—es un máximo poeta cósmico, de lira omnisonora; tal vez único en la lengua castellana, en los momentos actuales. Sólo tiene un émulo, el colombiano Rafael Maya, hermano suyo en el divino temblor del estro, en la divina obsesión de los temas primordiales, que sólo logran agotar los bardos de verdad. Leyendo al poeta de Cuscatlán, he podido comprender la aseveración aristotélica de que: «*la superioridad de la poesía sobre las bellas artes estriba, en que aquélla posee una verdad más alta y una seriedad mas profunda*».

Tengo la seguridad de que la minoría culta y refinada de El Salvador, ha de compartir el entusiasmo, mejor dicho, el arrebato frenético, delirante, dionisíaco, que he experimentado yo leyendo ***El Surtidor de Estrellas.*** Se ha de sentir orgullosa—como me he sentido yo—de que un país hispanoamericano pueda producir, en plena adolescencia, un valor intelectual perfecto, que algunos sociólogos creían patrimonio exclusivo de civilizaciones milenarias. El Salvador tiene en Guerra Trigueros un poeta de estirpe; grande entre los grandes; que puede hombrearse con Darío, con Silva y con Gutiérrez Nájera. Esta es la orgullosa verdad que hoy proclamo con la trompeta de plata de mi sinceridad. Soy heraldo de un príncipe, abajo ante él mi chambergo y con humilde ademán de súbdito obsecuente, digo en loor suyo el verso inefable de Stefan George: Gib mir den grossen meir lichen Hauch: «dádme el gran soplo litúrgico».

***Mario Santa Cruz***

San Salvador, 11-III-1930.

---

que una emanación de la Europa, pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana (árabe), por sus instituciones, por su carácter».

El Libertador propone formas políticas nuevas, adecuadas a un continente original por su territorio, su raza y su historia. Defiende la autoridad tutelar. «Los estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra.» Execra el federalismo y la división del poder ejecutivo. «Abandonemos las formas federales, que no nos convienen—decía—. Semejante forma social es una anarquía regularizada, o más bien, la ley que prescribe implícitamente la obligación de disociarse y arruinar el Estado con todos sus individuos... Abandonemos el triunvirato del poder ejecutivo, concentrándolo en su presidente, confiriéndole la autoridad suficiente para que logre mantenerse luchando contra los inconvenientes anexos a nuestra reciente situación».

Da altas lecciones de sabiduría política: «Para formar un gobierno estable, se re-

quiere la base de un espíritu nacional que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente: mezclémosla para unirla; nuestra constitución ha dividido los poderes: enlacémoslos para unirlos... Se debe fomentar la inmigración de las gentes de Europa y de la América del Norte, para que se establezcan aquí, trayendo sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios con europeos y angloamericanos cambiarían todo el carácter del pueblo y lo harían ilustrado y próspero... Nos faltan mecánicos y agricultores, que son los que el país necesita para adelantar y prosperar.»

En los escritos de Bolívar se halla el mejor programa de reformas políticas y sociales para la América. Fué el primer sociólogo en románticas democracias.

Su epopeya se compone de cerca de quinientas funciones de guerra, libradas por él mismo o por sus tenientes y colaboradores:

Taguanes, Araure (1813); Carabobo 1.º, San Mateo (1814); Angostura (1817), Carabobo (1818), Pantano de Vargas, Boyacá (1819); Carabobo (1821), Bomboná (1822). Ibarra (1823), Junín (1824) son sus grandes triunfos militares. La carta de Jamaica (1815), el proyecto constitucional de Angostura (1819), el estatuto de Bolivia (1825), el Congreso de Panamá (1826) son sus admirables creaciones en el orden político. Congregar a las divididas naciones de América en permanente asamblea; oponer a la Europa la América, al poder sajón del Norte una fuerza latina en el Sur, factor necesario del equilibrio continental; trabajar en favor de la unidad, de la síntesis, fué el proyecto de la frustrada asamblea de Panamá.

La carta de Jamaica es una profecía que la dócil realidad cumple en el último siglo.

«Por la naturaleza de las localidades, riquezas, población y carácter de los mejicanos—dice el Libertador—, imagino que intentarán al principio establecer una República representativa en la cual tenga grandes atribuciones el Poder Ejecutivo, concentrándolo en un individuo, que, si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente vendrá a conservar una autoridad vitalicia». «Si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá, probablemente, una monarquía, que al principio será limitada y constitucional, y después, inevitablemente, declinará en absoluta». La presidencia de Porfirio Díaz, el imperio de Itúrbide y de Maximiliano, apoyados por el partido monárquico; la misma dictadura de Juárez, los poderes que las constituciones mejicanas confieren al jefe del Estado confirman las predicciones de Bolívar.

«Los Estados del itsmo de Panamá hasta Guatemala formarán una federación». Perduró ésta hasta 1842, y hoy vuelven lentamente a ella las Repúblicas centroamericanas. Panamá era, para el Libertador, el emporio del universo: «Sus canales acortarán las distancias del mundo, estrecharán los lazos convencionales de Europa, América y Asia, y traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la Tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio».

«La Nueva Granada se unirá con Venezuela si llegan a convenirse en formar una República central, cuya capital será Maracaibo o una nueva ciudad que con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía, se forme entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía Honda». Bolívar mantuvo unidas a Nueva Granada y Venezuela hasta 1830; nuevos caudillos como el general Mosquera quisieron restablecer aquella federación, y hoy es el empeño de los políticos del Ecuador, de Venezuela y de Colombia.

«En Buenos Aires habrá un gobierno central en que los militares llevarán la primacía, por consecuencia de sus divisiones intestinas y guerras externas.» Es la historia argentina, hasta el advenimiento de Rosas, lucha de los caudillos, la anarquía del año 20. «Esta constitución degenerará necesariamente en una *oligarquía* o una *monocracia*.» En efecto; un grupo plutocrático domina en Buenos Aires, y sobre el caudillaje se levanta la *monocracia* de Rosas.

«Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes de sus virtuosos moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una República. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena... No alterará sus leyes, sus usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas.» La larga estabilidad de la nación araucana, la homogeneidad de su población, la eficaz duración de su carta política, el carácter conservador de sus instituciones, el desarrollo firme y lento de Chile, hasta la guerra del Pacífico y la Revolución de 1891, realizan plenamente los vaticinios de Bolívar.

Encierra el Perú «dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: *oro* y *esclavos*. El primero corrompe todo; el segundo está corrompido por sí mismo. El alma de un siervo rara vez alcanza a apreciar la sana libertad. Se enfurece en los tumultos o se humilla en las cadenas. Aunque estas reglas serían aplicabla a toda América, creo que con más justicia las merece Lima». «No tolerarán allí los ricos la democracia, ni los esclavos y libertos la aristocracia; los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer siquiera un orden pacífico.» La evolución del Perú demuestra la profundidad de esa profecía: el salitre y el guano han creado, por medio de escandalosos monopolios, estériles fortunas privadas que corrompen y enervan a la clase dirigente. Un confuso mestizaje mantiene la anarquía. La oligarquía acepta a los dictadores militares que defienden la propiedad y traen la paz. Desde 1815, cuando la América era un dominio español, anuncia Bolívar, atento al espectáculo de las fuerzas sociales en conflicto, no sólo las inmediatas luchas, sino el desarrollo secular de diez naciones. Es un magno profeta. Hoy, después de un siglo, obedece el continente a sus predicciones, como a un conjuro divino.

En Angostura el Libertador entrega a la meditación de los colombianos un proyecto de constitución. Sus bases son el gobierno republicano, la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud y de los privilegios. En ese notable ensayo se concilian las teorías de Montesquieu, de Rousseau y de Bentham, el realismo inglés y el entusiasmo democrático de Francia. El poder legislativo se compone de dos cámaras: la primera de elección popular; el Senado, hereditario, según la tradición sajona, formado por los libertadores que fundarán la aristocracia de América. El presidente es a manera de rey constitucional; sus ministros, responsables, gobiernan. El poder judicial adquiere estabilidad o independencia. Una nueva autoridad, el

poder moral, completa este cuadro político. Es, en la República del Libertador, mezcla original del areópago ateniense y de los censores romanos; se encarga de la educación, de la moral, y del cumplimiento de las leyes; «castiga los vicios con el oprobio y la infamia, y premia las virtudes públicas con los honores y las glorias». Bolívar tendía al despotismo intelectual y moral; este tribunal impondría las buenas costumbres. Más tarde el Libertador, obligado por la terrible realidad del medio, condena los textos de Bentham en las universidades de Colombia y acepta como instrumento de gobierno el catolicismo. El artículo 9.° del proyecto de Angostura dice que «la ingratitud, el desacato a los padres, a los maridos, a los ancianos, a las instituciones, a los magistrados, a los ciudadanos reconocidos y declarados virtuosos; la falta de palabra en cualquier materia, la insensibilidad con las desgracias públicas o de amigos y parientes inmediatos, se recomiendan especialmente a la vigilancia de ese Poder Moral», que podría castigarlos «hasta por un solo acto».

Era la tiranía paternal sobre sentimientos, conducta y pasiones.

Bolívar crea con provincias de la Argentina y del Perú una República, el Alto Perú, que se llamará Bolivia, en recuerdo de su fundador; la da un estatuto político, la Constitución boliviana, que quiere imponer inútilmente al Perú y a Colombia. Es el desarrallo de las ideas expuestas en el ensayo de Angostura, y define su ideal de República. Es casi una Monarquía en que el poder no es hereditario. El presidente debe ser vitalicio e irresponsable, «porque en los sistemas sin jerarquía se necesita, más que en otros, un punto fijo, alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas». Contra la anarquía, un jefe vitalicio; contra la tiranía, poderes independientes; el judicial, elegido por el congreso entre los designados por los colegios electorales; el legislativo, compuesto de tres cámaras —de tribunos, senadores y censores. Los primeros duran cuatro años en sus funciones, los segundos ocho; los últimos son vitalicios, «ejercen una potestad política y moral», constituyen el «Poder Moral». Con este sistema original evitaba el Libertador la anarquía política, la disolvente ambición de los caudillos; constituía dos fuerzas estables en inciertas democracias; los censores y el presidente vitalicio; adaptaba a la República la unidad y la permanencia, caracteres de la monarquía constitucional.

Comprendieron pronto los generales que esa Constitución era una amenaza a su ambición, y se levantaron contra ella en Bolivia, en el Perú y en Colombia.

Rodean a los campeones de la independencia, brillantes caudillos como O'Higgins, los Carrera, Güemes, La Mar, Santander, Páez, Córdoba, Anzoátegui, Mariño, Cedeño, Urdaneta, Salom, Piar, Santa Cruz, Montilla, Sucre, admirable éste como héroe y como estadista. Pero sobre émulos, caudillos y tenientes se levanta, encina entre árboles menores, según la clásica imagen, Bolívar, Libertador de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, y fundador en suma, de la independencia Sudamericana. «El Continente ha sido libertado por él,» —dice el mismo Mitre, historiador que le es tan adverso.

Fué el genio de la Revolución americana, creador, capitán y profeta. Sentía en sí «el demonio de la guerra». Como las grandes almas atormentadas, desde Sócrates, obedecía en sus impetuosas campañas a una divinidad interior.

En sus actos y en sus discursos, en su inquietud, en su dignidad y en su fe, hay una insólita grandeza. Trabaja para la eternidad; acumula sueños y utopías; vence a la tierra hostil y a los hombres anárquicos: es el superhombre de Nietzche, el personaje representativo de Emerson. Pertenece a la ideal familia de Napoleón y de César; sublime creador de naciones, más grande que San Martín y más grande que Washington.

*Francisco García Calderón*

---

# El caso de Cuba

3.—*Véanse los número* 3 *y* 14 *del tomo en curso.*

Un escritor de indudable talento pasado desdichadamente a las banderas de la Dictadura, Alberto Lamar Schweyer, señala en su último libro *La Crisis del Patriotismo,* como una de las causas determinantes de los males presentes de Cuba, la falta de un espíritu nacional de robustez bastante para resistir las vicisitudes que en todo momento han conspirado contra la personalidad cubana, Según Lamar Schweyer, cuantas veces en la historia de la isla se *ha querido encontrar a sí mismo* el espíritu cubano, se ha disuelto en la circunstancia adversa. El proceso heroico de las revoluciones cubanas contra España es un discurrir de puras intenciones y de realidades disolventes de esas intenciones. Signo trágico, en el venerable sentido. Cuando Cuba siente su propia vida en la revolución del 95 y se dispone a echar las bases de su personalidad republicana un factor extraño y poderoso, la Intervención Norteamericana, desvía el lógico proceso de formación y una vez más atmósferas extranjeras e incontrastables ahogan el espíritu colectivo. Los primeros años de nueva existencia estuvieron enturbiados por la mano que había cortado el nudo con Europa y comenzaba a pedir — Enmienda Platt, puertos de Caimanera y Guantánamo—el pago del servicio.

En el libro de Lamar Schweyer no se estudia—ello comprometía a mucho— el modo como la fuerza extraña ha realizado hasta ahora su labor. Tampoco la reacción cubana ante esa fuerza. Hagámoslo brevísimamente nosotros. Nuestra condición de colombianos amantes sinceros de Cuba y de la verdad bien nos puede poner a cubierto de sospechas, al entrar en aspectos delicados y dolorosísimos del caso cubano.

El agradecimiento sincero poseyó a gobernantes y gobernados ante la paternal intervención. La loa *al gran pueblo protector* se elevó de todas las bocas. El honor de Norteamérica *estaba ya dañado,* según la frase admirable de José Martí. No lo vieron así los primeros mandatarios cubanos y supusieron, en una ingenuidad sin explicación, que Washington y New York velarían amorosamente los primeros sueños republicanos. Tenia pues la futura, la inmediata política de absorción económica los caminos francos. No tendría como en otros países que luchar contra la desconfianza popular, contra la dignidad doiida, contra el advertido capitalismo local. Una fórmula hueca y desacreditada—hombres como Sánchez de Bustamante la hicieron moneda corriente—se hizo ley: *tenemos suelo próvido, precisamos capitales para su explotación.* Y el capital vino rápido al llamado cubano y se adueñó de la tierra fertilísima. El obrero y el industrial sonreían con los brazos abiertos frente al nuevo y anhelado huésped.

Las condiciones de vida mejoraron aparentemente. La nueva fábrica de azúcar necesitaba auxiliares numerosos y mientras no llegaron el jamaiquino y el haitiano pudo el obrero cubano vivir con relativa dignidad. El colono vendió sus tierras y sus cañas a precios en que nunca pudo pensar. Sólo algunos espíritus vigilantes, previsores, advirtieron la falsedad que se ocultaba detrás del bienestar transitorio. Cuando quisieron llamar al pueblo a la contemplación serena de su realidad y al gobierno al cumplimiento de un deber primario de defensa, no fueron oídos.

Con la penetración económica había hecho su camino la intervención política. Había un interés considerable que atender y cuidar en Cuba. Por tanto debía preocupar al dueño de las tierras y de las fábricas la policía de sus riquezas. Si, además, estaba en su mano el poder económico que dá y quita razón y pone y derriba gobernantes, valía la pena ejercitarlo. Para ello había *fabricado* una una masa numerosa de cubanos empobrecidos en su propia codicia, desarraigados de su suelo, desorientados en su inacción, crédulos todavía de la buena fe yanqui, que desde la Cámara, desde el Senado, desde la Presidencia de la República, guardarían fielmente el latifundio y el monopolio.

Más tarde, el político criollo sospechó que la riqueza se concentraría toda en las manos que cortaron el nudo y que convenía a todo correr aliarse al que poseía el poder económico. Este daría en lo adelante el poder y la fuerza. Actuar en su contra significaría la oposición eterna y la miseria segura. Pactó cuantas veces pudo el político criollo con *el americano.* Si el Norte señalaba el rumbo todos mirarían al Norte. Los políticos que vinieron después de los primeros deliquios con el Protector se

vieron entre una fatalidad que requería calidades heroicas para quebrantarla. Ya se debatían en el terrible círculo de hierro: o se decidía una actitud definida, limpia, redentora, frente a la presión estadounidense, lo que equivalía al seguro fracaso personal y a la probable crisis de la nacionalidad o se pactaba con el yanqui a cambio de una estable y aparente dignidad republicana. Quizás sólo el Presidente Zayas—tan censurable en muchos aspectos—significó una actitud ejemplar frente a los Estados Unidos. No adoptó la actitud firme, decidida, no provocó el acuerdo de leyes defensivas de la economía cubana, pero su resistencia pasiva, asiática, detuvo en más de un momento la ola avasalladora.

¿Qué significación tiene el actual momento en lo que mira al problema cubano-yanqui? Significa sin duda una fase nueva—quizá obligada—y no menos graves que las pasadas. El hombre que dispone de vidas y haciendas es el que pacta ahora por todos los políticos de los viejos regímenes. La resistencia a promulgar leyes económicas no es ya temor difuso pero sentido entre los representantes y senadores enriquecidos a la sombra—lejana—de Wall Street. Ahora es voluntad—negativa—de un solo hombre.

El despilfarro de los últimos años ha traído una crisis económica en el gobierno cubano como no se recuerda en toda la vida isleña. Un decreto presidencial reciente reduce considerablemente todos los sueldos de los funcionarios y empleados del Estado hecha excepción—explicable—de las fuerzas armadas. Las obras públicas comenzadas precisan una continuación inmediata. ¿Dónde obtener el dinero sino en los Estados Unidos? Y. cómo obtenerlo sino mediante empréstitos disfrazados de *financiamientos*? La banca del Norte, de acuerdo con el gobierno de Washington, está imponiendo a Cuba condiciones usurarias para el gran empréstito ya en vías de concertación. Saben el gobierno y la banca lo que a sus intereses conviene: saben que el estado desesperado del gobierno, del pueblo de Cuba, hará aceptable cualquier imposición; saben que la miseria actual del pueblo y del gobierno cubanos harán necesarias mañana nuevas peticiones de dinero y nuevos dogales que lleven a la isla antillana a la condición de colonia mísera que tanto satisfacería al interés norteamericano.

*Ismael Pérez Amunátegui*

*(Envío del autor.)* La Habana. 1930.



# A propósito de la primera conferencia de Vasconcelos

*(Envío del autor)*

Para quienes creemos en la vinculación espiritual que existe entre todos los países de Hispano-América, por su comunidad de origen y de tradiciones y por la órbita en que giran sus destinos, una exposición del caso de México, hecha por un pensador y un sociólogo como Vasconcelos, ofrecía un doble interés: el del caso mismo, tan lleno de peripecias y de fenómenos contradictorios, de episodios de sangre y de gestos heroicos, que hacen de la historia mejicana de los últimos veinte años el más intrincado y emocionante de los dramas; y el interés que ofrece la personalidad ilustre del expositor. Porque Vasconcelos, como hombre de pensamiento y de acción, atrajo las miradas del mundo entero por la formidable labor cultural que desarrolló mientras estuvo al frente de la Secretaría de Educacion Pública.

De todos los hombres de la revolución mejicana, dos se destacan con sello inconfundible y único: Madero, el Apóstol y Vasconcelos el Educador. Puede afirmarse que Vasconcelos ha sido el único creador de la Revolución, porque los demás caudillos de ella no han hecho más que destruir: destruir vidas, destruir riqueza, destruir la organización administrativa que los treinta años de dictadura porfirista habían legado al país; destruir, destruir siempre, sin crear nada. Vasconcelos, en cambio, se entregó en cuerpo y alma a la nobilísima tarea de construir, en el sentido espiritual y material de la palabra, y acometió su espléndida cruzada contra el analfabetismo; fundó millares de escuelas; creó maestros ambulantes para instruir a los indígenas de los más remotos lugares; estableció por doquiera bibliotecas, estadios para la educación física, planteles de artes manuales; construyó el soberbio palacio de la Secretaría de Educación; federalizó la enseñanza para poner a salvo la cultura nacional de la incuria de los gobiernos locales; editó toda clase de obras pedagógicas; puso a los clásicos al alcance del pueblo, mediante ediciones que se repartían profusamente por precios ínfimos: protegió a los escritores y artistas; acogió a todos los hispanoamericanos que se acercaron a él en busca de estímulo o de empleo: y dió el ejemplo de un dinamismo magnífico, interviniendo personalmente en todas las construcciones, discutiendo con arquitectos y editores. Y despues de haber manejado centenares de millones de pesos, se retiró pobre, como había llegado, mientras sus colegas en el Gabinete y los jefes militares se habían enriquecido escandalosamente...

*Vasconcelos*

Como lo ha visto *Amighetti* en estos días de abril de 1930 en que pasó por Costa Rica.

Si algún hombre en Méjico tenía títulos para aspirar a la primera magistratura, ese hombre era Vasconcelos. Por eso todos los elementos sanos y civilizados pensaron en él como sucesor de Portes Gil, y Vasconcelos, aceptó el sacrificio de esa candidatura, a sabiendas de los peligros y de las amarguras que implicaba su aceptación. Fué ún acto de valor civil, que no interpretan bien quienes no están familiarizados con su vida de hombre de acción y lo tienen sólo por un filósofo, incapaz de moverse fuera del plano de las ideas abstractas. Pero no fue sólo un acto de valor civil, sino un experimento del sociólogo, ansioso de aquilatar sus teorías en el áspero contacto con las realidades de su país. La derrota de Vasconcelos fue, pues, la derrota de toda esperanza de evolución cívica en Méjico; el predominio de la violencia y del fraude sobre los elementos de cultura y de orden, del caudillaje sobre el intelectualismo, del saqueo sobre la probidad; un eclipse en el prestigio latino de América.

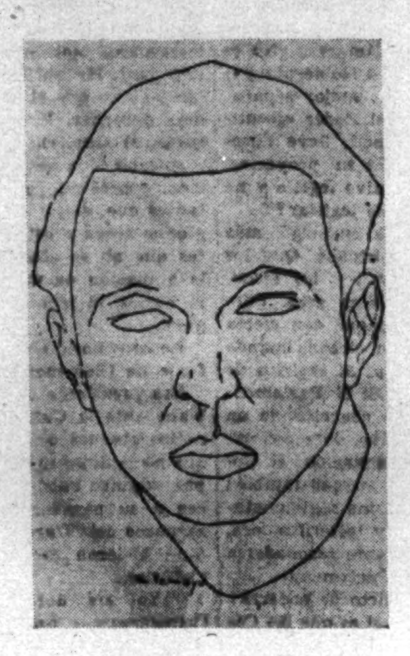
Un conocimiento más exacto de los sucesos contemporáneos de Méjico, por boca del más desinteresado y austero de sus actores, y a la vez del más consciente de sus observadores, es extraordinariamente útil para la formación de una conciencia continental. Las cosas de aquel país nos tocan mucho más de cerca de lo que nuestra superficialidad pudiera imaginar. Por su puesto de avanzada ha recibido los primeros zarpazos del Coloso. Ha sido, además, un laboratorio en donde se han ensayado doctrinas audaces y fórmulas de previsión social, que tendrán trascendencia en el porvenir.

Así lo pensó, de seguro, el selecto auditorio que escuchó con atención respetuosa la primera conferencia de Vasconcelos.

*Camilo Cruz Santos*

# Vidas opacas

=Capítulo del cuaderno biográfico *La educación sentimental*, de JAIME TORRES BODET. Espasa-Calpe. S. A. El capítulo que trascribimos da una idea de la novela y del bello estilo del cuaderno. Es obrita de las que hay que releer para tomarle el gusto, que es delicioso=



*Jaime Torres Bodet*

Dibujo de *R. Tamayo*

*El poeta mejicano Jaime Torres Bodet, autor afortunado de una docena de libros—los más de verso—, publica ahora su segundo volumen novelístico.* La educación sentimental *(Espasa-Calpe, S. A. Madrid). Del primero,* Margarita de Niebla, *así como de sus últimos libros de poemas, ya conocen la excelencia muchos buenos lectores españoles, y no faltaron comentarios oportunos de la prensa española a raíz, sobre todo, de la publicación de la novela. Acaso más por aquel libro que por los de poemas, algo menos conocidos, afirmó entre nosotros el autor su acento personal.*

*Acento voluntariamente grave. Esquivando siempre esas audacias que afilan la palabra, la imagen, que la ponen en pie, proa a la aventura, con todos los peligros de oscilación, de inexactitud, de malabarismo agudo. Las palabras, en la prosa de Jaime Torres Bodet, se sitúan como dóciles abejas en su celda respectiva, sin permitirse tumultos fuera de su preciso hueco. Para comprender—y gozar luego—la prosa de Jaime Torres Bodet, hay que esperar el panal entero, a que el pensamiento se distribuya armoniosamente por toda la estructura. No se ha precipitado el autor, tampoco nosotros debemos precipitarnos. La prosa de Jaime Torres Bodet produce una impresión de madurez poco frecuente en autores, como él, tan jóvenes. Sus frases—como sus miradas—no son de las que brincan retozonas a nuestro encuentro, sino de las que aguardan, serenas, nuestra llegada. Sin perder nunca su marco reflexivo. Ni unas ni otras he visto desencajadas, fuera de quicio y tino. El arte de escribir del poeta Jaime Torres Bodet profesa un culto hoy muy poco frecuente: el culto a su propia órbita.*

*«Estimo que la modestia es una condición esencial de la obra de arte»—dice el autor de esta nueva* Educación sentimental—. *De modo es que aquel acento grave de su prosa no era sino legítimo corolario de su concepto muy maduro del arte de escribir. Huía de la extrema vibración, de la roja caperuza, del grito y del silbido; prefería las ondas silenciosas, innumerables, que suscita un aleteo interior. «¿Por qué—continúa—me ha parecido, entonces, en la vida de los demás una postura incómoda y, hasta cierto punto, increíble? La de Alejandro no estaba manchada, es cierto, por ningún artificio. Profunda y fresca, parecía brotar en él—como el agua—de una delicada hendedura del temperamento. Pero la vibración del manantial, demasiado próximo, ondulaba la superficie con círculos tan perfectos que me hubiese halagado ver, en la periodicidad de su ritmo, la consecuencia de un estudio y la perspectiva, geométrica, de una preparación».*

(Pasa a la pág. 256)

VIVÍA junto a nosotros, en las habitaciones de la casa contigua, una familia de mujeres pequeñas, sonrosadas y dulces, unidas—como las cerezas gemelas de una compota—por la miel, cada vez más espesa, de una devoción a punto de volverse sensual. Eran, según pudimos averiguarlo, cuatro hermanas solteras que, no habiendo hallado, durante su juventud, un esposo al que unirse, dedicaban su madurez a la educación, excesivamente meticulosa, de una sobrina abandonada.

Se vestían siempre de negro, con una sencillez sin gracias, pero no sin coquetería y se parecían tanto unas a otras—y la sobrina, a su vez, se parecía tanto a ellas—, que mi padre, para designarlas a todas en la conversación, había acabado por llamarlas «las cinco vocales».

Tenían, en efecto, no sé qué sugestión alfabética en la manera de reunirse—y de dispersarse—que daba a aquella designación, de otro modo burlesca, un sentido profundo, exento de ironía. Como la de las vocales, su presencia, de grata sonoridad, se hacía pronto indispensable al recién llegado, para deletrear el resto de la población, taciturno y difícil a la lectura como un párrafo de consonantes mal avenidas.

Así, por ejemplo, la ***o*** redonda y ágil de Susana, la hermana mayor, hacía especialmente rápido el movimienio de la ***ele*** un poco lánguida de la señora Gómez, la elusiva y esbelta consorte del propietario del ***Hotel Español***. Y, privada de la ***u*** acentuada de Luisa, la más joven, ¡qué guturales hubiesen sonado el acento y la cordialidad exóticos, de aquella germánica ***g*** de la señorita Baumgarten, la solterona profesional que, desde hacía diez años, había venido a refugiar, entre las palmeras de Cuautla, su melancolía de paisaje tirolés, lleno de constipados y de valses!...

El valor indiscreto de clave—de que las vocales disponen en servicio de las consonantes—caracterizaba inmediatamente a nuestras vecinas. Sin ellas, ignoraríamos aún lo que significaba, cada domingo, el regreso a México del hermano de la señora Esparza, que estaba próximo a contraer matrimonio con una señorita de la capital, y no hubiésemos logrado nunca esclarecer ninguno de los misterios de aquellas vidas opacas, insolubles en su aparente facilidad, como, en el aprendizaje de un idioma, el problema de una mala pronunciación.

La sobrina de aquellas cuatro vocales fuertes del alfabeto de Cuautla era una muchachilla irónica, menuda y penetrante como una ***i***. La llamaban Atala y ella respondía al anacronismo con una majestuosa resignación. Sólo en ciertos instantes, al tocar en el piano algún moroso nocturno de Villanueva, se le subía a la cabeza el veneno romántico del nombre. Entonces, en un arpegio falso, de vehemencias oratorias, se adivinaba apoyada en la suya, tímida, la mano, exagerada de retóricos rubíes, de Chateubriand. Cuando la conocí, Atala había cumplido, apenas, catorce años. Pero yo, que tenía quince, representaba dieciocho... ¿Cómo sorprenderme de aquella precocidad?

Aconsejadas por nuestras familias, Atala y Elena se hicieron inmediatamente inseparables. Más, sin embargo, que la obediencia las reunió esa comodidad dentro de la malicia que, desde niños, me había irritado en el temperamento de Elena. Juntas iban a los baños de Almehar. Juntas leían novelas de Eugenio Sue. Juntas bordaban de noche, a la luz de esa lámpara amarillenta que, entre sus dedos, acariciaba ya los encajes con el color, delberadamente envejecido, de un prestigioso velo de Malinas.

A los catorce años, Atala comentaba los sucesos más íntimos de algunas familias con la erudición abundante y la retórica sobria que, en la conversación de sus tías, atenuaba la curiosidad de las vidas ajenas. Nunca se equivocaba en las apreciaciones esenciales—que los niños y los viejos sorprenden por intuición—pero que, más imaginativos, los adolescentes desaprovechan por entusiasmo. Y ese talento daba a sus pláticas un timbre sordo, matemático y nimio como el latido de un cronómetro.

Otra de las nociones que la economía de sus tutoras había desarrollado en Atala era la de la dimensión y las posibilidades útiles del tiempo. Sabía exactamente el lapso que cada uno de nosotros empleaba en recorrer, para ir al Mercado, el perímetro de la Plaza mayor. O, sin equivocarse, nos decía en qué minuto preciso se hacía necesario salir para llegar a tiempo al río a presenciar la puesta del sol. Y no acertaba nunca en estas indicaciones con la perfección espontánea de las gentes del campo, sino con la puntualidad experimentada de los chicos de la ciudad.

A los doce años—siempre precisa—Atala había obtenido, con una medalla de oro, el diploma de su educación primaria superior. Esta rapidez, comparada con mi lentitud, avergonzaba a mi madre. Y me henchía a mí, por momentos, de verdaderas tormentas de cólera, sólo contenidas por el pudor de mostrar la violencia de mi carácter frente a la fragilidad, demasiado peligrosa, de las mujeres.

Mujer, Atala parecía serlo muy escasamente, gracias a los vestidos con que la modestia devota de sus tías disimulaba las curvas, apenas núbiles, de su femenidad en crepúsculo. Con el cabello lacio, cortado hasta las mejillas, y las piernecitas, náufragas, dentro del mar de una gruesa falda gris,

(*Pasa a la página 256*)

# El centenario de Eliseo Reclus

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

Conmemora en estos días Francia el centenario de uno de sus hijos que más la honran: Jacobo Eliseo Reclus.

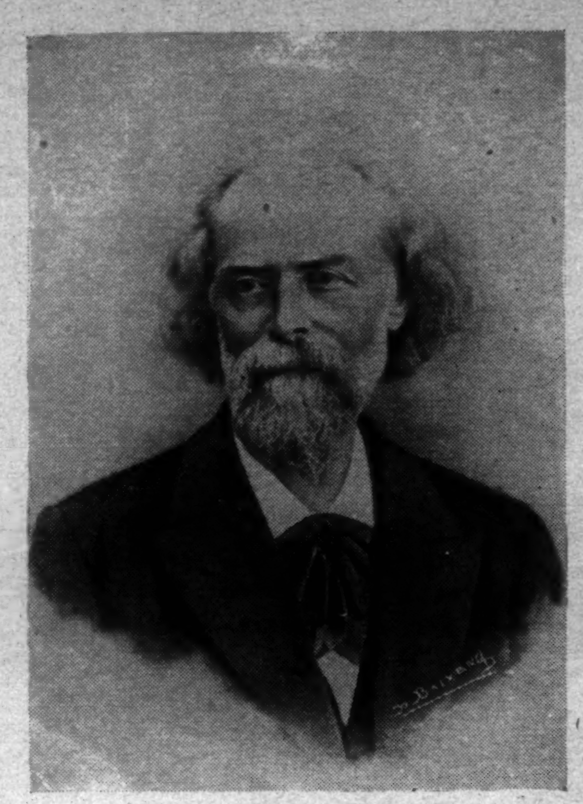
Hombre extraordinario, unió a su pasión por la ciencia, un espíritu de apóstol, cuyas tendencias ideológicas le llevaron a adoptar los principios defendidos por quienes vieron, en nuestra moderna organización social, la principal causa de la miseria del pueblo proletario. Y ese espíritu de apóstol le hizo blanco, claro está, más de una vez de acciones represivas de las autoridades francesas que vieron a menudo en él a un agitador de ideas demasiado avanzadas. Octavio Mirbeau, que le profesaba una simpatía admirativa y que había estudiado su obra, manifestó más de una vez su indignación por las persecuciones de que fué objeto, sobre todo en 1871, cuando estuvo a punto de ser condenado a muerte. Y, como Mirbeau, muchos fueron los escritores y hombres de ciencia que, en Francia y en el extranjero, tomaron la defensa del sabio francés.

Hijo de un pastor protestante, Eliseo Reclus nació el 15 de marzo de 1830, en Saint-Floy-la-Grande, localidad cercana a Burdeos; en su infancia, lo mismo que sus hermanos Onésimo y Pablo—geógrafo y médico cirujano de gran prestigio, respectivamente—, recibió una educación de acuerdo con las creencias religiosas de su padre. Ya adolescente, obtuvo permiso de éste para completar sus estudios en la Facultad Protestante de Monteaubon, primero, y en Berlín, más tarde. De esa época datan los comienzos de su gran afición por la geografía y de su afán por conocer el mundo, lo mismo que el nacimiento de sus tendencias sociológicas avanzadas. Fué, por entonces, un ferviente adepto a las ideas republicanas que agitaban el ambiente político de la Francia monárquica.

Terminados sus estudios, comenzó a viajar, en su anhelo por conocer los pueblos de ambos hemisferios, su vida y la naturaleza, donde ellos despliegan sus actividades. Recorrió Europa, visitó las islas Británicas, y, atravesando luego el Atlántico, se propuso estudiar el continente americano. Por lo demás, sus ideas políticas favorecieron en cierto modo sus deseos de viajar, pues sus actividades en Francia, tomando parte en varias insurrecciones entre 1848 y 1851, le obligaron a abandonar su país.

Después de recorrer gran parte de los Estados Unidos, visitó varios otros países latinoamericanos, especialmente Colombia, donde residió algunos años, realizando allí estudios interesantes sobre la vida rural de sus habitantes y su condición social. Cuando regresó a Francia, en 1857, llevaba una valiosa documentación cuyos datos le sirvieron más adelante para la preparación de diversos trabajos científicos. En 1861 publicó un libro titulado *Viaje a Sierra Nevada de Santa Marta*, que llamó la atención de los entendidos.

Al año siguiente, aparecieron dos obras sobre Londres — *Guía de los viajeros en Londres* y *Londres ilustrado*—que fueron



*Eliseo Reclus*
(15 de Marzo de 1830-1930)

elogiosamente comentadas por la crítica, que coincidió en reconocer al joven escritor condiciones poco comunes. Y, en 1864, publicó varias obras que alcanzaron resonancia mundial: *Residencia invernal en el Mediterráneo y los Alpes Marítimos*, *Historia de un arroyo* e *Introducción al Diccionario las comunas de Francia*.

En la primera de esas obras, Eliseo Reclus estudia las características climatológicas de las ciudades de Niza, Cannes, Mónaco, Mentón y San Remo, la vida que allí llevaban las gentes acaudaladas que habían establecido en ellas su residencia, embelleciéndolas con sus palacios y lujosos *chalets* y disfrutando de su clima admirable que, en su mayoría, buscaban por motivos de salud o de descanso.

La segunda — *El Arroyo*— constituyó una notable exhibición de sus elevadas concepciones y de sus vastísimos conocimientos. Alguien le ha llamado «Himno a la Naturaleza» En sus capítulos se describen esos pequeños cursos de agua que descienden de las sierras, serpentean por los valles dando vida a las campiñas, sin que lo advierta la enorme mayoría de la gente que pasa junto a ellos. Este hermoso y poético libro, al par que instructivo, ha sido adoptado desde hace mucho en las escuelas primarias francesas como texto de lectura.

Otra obra interesantísima, y en cierto modo complementaria de la anterior, es *La Montaña*, conocida con el nombre de *Historia de una montaña*. En ella aparece la montaña habiendo ya perdido su aspecto severo e inflexible. Ya no cobijan sus misteriosas anfractuosidades a los seres de presa, hombres o bestias, ni se extenúan en sus inmensos bosques los leñadores. Ha dejado de ser un simple promontorio para convertirse en fuente inagotable de los mil hilos de agua que descienden por sus laderas formando arroyos y ríos fecundos que hermosean y enriquecen la naturaleza. Su imponente mole se torna en un grandioso laboratorio de perpetua renovación.

Por esa época (1867-1868), publicó Reclus una de sus más famosas obras: *La Tierra*. En ella describe el autor los fenómenos que dan vida a nuestro planeta en una forma que revela la profundidad y amplitud de sus conocimientos. Algunos críticos la han calificado como la mejor producción en su especie, tanto por la exactitud científica de todo su contenido, como por la profusión de mapas y grabados que la ilustran. Traducido a los principales idiomas del mundo, *La Tierra* es un trabajo que hoy se encuentra en todas las bibliotecas de importancia, y es demasiado conocido para que sea necesario ocuparnos mayormente de él.

En la década de 1860 a 1870 fué, pues, cuando Eliseo Reclus produjo los libros que le dieron fama universal. Vino la guerra franco-prusiana y, no obstante la amargura que ella le causara, como signo de bancarrota de la fraternidad entre los pueblos por él soñada, cumplió con su deber de francés con toda entereza y decisión. Durante el sitio de París por el ejército victorioso de Prusia, desarrolló una actividad entusiasta y humanitaria y tomó parte en empresas aeronáuticas destinadas a establecer una comunicación entre la capital de Francia y el resto del país del cual ésta se encontraba aislada.

Estalló la revolución del 18 de marzo de 1871 y él, como siempre, abogó por el repudio de la violencia, causante de una estéril y salvaje efusión de sangre. Estas ideas las expresó luego en un notable manifiesto al pueblo de París que publicó en *Le Cri du Peuple*, periódico fundado por él, en el que atacaba enérgicamente al gobierno francés. Este, que tenía su sede en Versalles, desde la insurrección parisiense, mantenía sitiada a la capital, y en un reconocimiento que realizó un destacamento de las fuerzas revolucionarias de la Comuna en la Meseta de Chatillon, Reclus fué hecho prisionero, junto con sus compañeros de armas (5 de abril de 1871).

Fué entonces cuando se puso de relieve el temple de este hombre extraordinario. Conducido a Brest, fué encerrado en la fortaleza de esta ciudad, donde permaneció siete meses, durante los cuales, despreocupándose por completo de sus propias privaciones, se dedicó a dar ánimo a sus hermanos de infortunio, predicando sus ideas de libertad y confraternidad y enseñándoles elementos de matemáticas, geografía y otras ciencias.

Finalmente, el 15 de noviembre de 1871, fué citado ante el consejo de guerra, siendo condenado a la deportación. La impresión que en el mundo entero produjo esta cruel sentencia se puso de relieve en las protestas que se elevaron en todas partes contra ella. Pero el go-

(Pasa a la página 256.)

# Gente colombiana:

## El Dr. Eduardo Santos

(A *Max Grillo*)



*Eduardo Santos*

Hombre pequeño y moreno, que podría ser un mediterráneo de España o de Italia; pero sin ningún Levante en la manera; ni gesticulación ni garganta enfática; formado moralmente como para corregir el prejuicio de que quien viene del Trópico ha de traer ademanes calientes. La sencillez de la vestimenta, que no está de fiesta ni en las fiestas, es la que parece dar a los industriales el contacto con la máquina, más simple mientras más perfecta, sencillez a lo Ford, por ejemplo. La conversación también sin metáfora ecuatorial, un organismo que sirve para comunicar y no para redondear abullonados, y que sirve para decir las cosas en derechura de vía noble, de la buena ruta que llamamos allá «caminos reales». La formación francesa—en este país se educó—le ha dado esta seguridad y esta sobriedad de la expresión; pero el criollismo americano se la moja de esa cordialidad nuestra, que cuando es sincera, se vuelve la más linda de las cordialidades humanas. Un realista para dar la norma y buscarla, como realistas resultamos ya todos los del tiempo; le sobrenada una que otra hoja romántica, rezago de la generación pasada, pero de las hojas buenas, de las que serán bellas siempre; el amor de una libertad absoluta en la vida civil, por ejemplo. Cuando hachamos el árbol romántico, castigándolo por su bulto exagerado y por su algarada de álamo de California con viento, debíamos haberlo dejado dentro de la mano un cortecito de su leño lecho en la parte en que huele a generoso.

Su pasión de lo heroico—pasión de la obra de Vasconcelos—tiene su si es no es romántico, arrancando sin embargo de lo clásico greco-romano. ¿No contiene el culto de los héroes algún resabio de milagro pagano o cristiano, y no es el romanticismo la tela de lo maravilloso vuelta del otro lado que la Leyenda Dorada, de los monstruos revueltos con los del Valjeán?[1] Muchos angustiados del destino de la América, para no pasar a la desesperación, se cogen al héroe próximo, y lo llaman si no lo tienen con todas sus fuerzas. El Dr. Santos espera que el Vasconcelos de México suscite una copia suya en cada uno de nuestros países. Santos pertenece al grupo de los americanos que, sin soltar la linda presa que es la presa de la patria, aman, conocen y vigilan el cuerpo entero del Continente. Yo me sonrío buenamente de este sentimiento falso del brasilero o del panameño ocupándose de la Argentina o de Santo Domingo, sin saber nada de éstos, le estimo su americanismo al Dr. Santos; tiene marco emotivo y barrotes de conocimiento como la buena ventana, para mirar hacia lo ajeno; sobre todo, su americanismo está veteado de economía precisa, de cultura política y de distinción de las corrientes intelectuales del Continente. Se sabe bien lo que la América produce; nombra con nombre justo los regímenes que los demás nombramos en bloque como republicanos; y entiende las diferencias, que cada día se acusan más, de las ideas que nutren una Argentina, ni hermanas ni primas hermanas de las que mueven a México, por ejemplo. Como en Francisco García Calderón, el fondo, desnudado y no desnudado de su pensamiento[1], es una esperanza a plazo muy largo, una confianza de hombre con hijos de que la América, adulta por limpia, por sensata, por rica también, será algún día... para dicha de sus hijos. (A sus nietos, atribúyasela mejor rebanándose optimismo).

«Se puede hacer bien grande con dos empresas en nuestros países, me decía alguien, y nada más que con ellas: la explotación moderna de la riqueza natural y un periódico». Cierto: alimentando ciudad pobre o aldea hambreada y dando norma a las masas, pero todos los días, pues su memoria es de arena; cada mañana el consejo al lado del pan.

Don Eduardo Santos ha elegido empresa mixta de economía y de acción moral. Con su temperamento que gusta de intervenir en la cosa pública,—gusto de Agora, ejercicio de los mejores hombres de este mundo—no habría podido ser dichoso hincándose en una mina de plata o de esmeraldas o en un cafetal. Se le quedaban afuera de la Empresa las facultades nobles y él es de los que atienden y alimentan lo mejor de ellas. Se ha dado complacencia a sí mismo, ¡pero de qué calidades esta complacencia! Contra la consabida glotonería de rico sudamericano — mesa, vino, mujer—el apetito suyo de influencia sobre su pueblo, de aguijoneadura y de talla de su raza. ¡Qué calidad en la complacencia! «Dime qué lote escoges y te diré quién eres.»

Cuando despedimos en París a don Eduardo Santos para tender el cordoncito blanco de la amistad bien tenso en torno de una mesa de charlas y comer, que era su última mesa de Francia, yo le dí las gracias por el bien de su liberalismo caballeroso.

El liberalismo es una como avenida de encinas, pero de una encina de follaje más espaciado, más aireado que la encina misma, con lo que no resulta su masa tenebrosa; el aire y la luz andan por ella *liberalmente*—lindo el adverbio—y echan una sombra ligera sobre la ruta; a lo largo de esta avenida nos paseamos blancos, amarillos y negros—¿no son negros algunos de los llamados rojos?—; algunas veces queriéndonos, y del brazo, en las otras, tolerándonos; y el blanco no le dice al prieto que le estropea la arena pulcra ni lo echa de cabeza al canal que pasa hacia un lado. El liberalismo verdadero apenas ha pespunteado la tela grande de la América, que por extensa tendrá muchos años aún tanto perímetro bárbaro; la palabra anda escrita aquí y allá, y ni por llamarla con la escritura se nos ha vuelto cierta. Es jacobinismo lo que hemos criado y echado a andar, y el jacobinismo me parece tanto a lo liberal como el lobo de encía desnuda al perro de ojos cordiales. Educar una mente para el liberalismo es cosa lenta y larga; el jacobinismo, ardentez de la sangre, no cuesta nada. Precisamente por ser el liberalismo una segunda o tercera naturaleza, conseguida a puro castigo de nuestra pasión, a pura mordida de nuestra carne, escasea, en todas partes, no digamos en América, en Europa también. Un amigo a quien yo le hacía su elogio me decía que una tal educación para lo liberal le parecía tan difícil como la cría de los faisanes que le había explicado un criador ese mismo día ¡Bellos menesteres los dos, y cuando se logran en alguno, y qué decir cuando se logran en un conjunto, hay para sentirse dichoso. (Sobra el explicar que yo no aludo a nuestros tristes partidos liberales; yo hablo de un modo más que de pensar, de ser; de una índole mejor que de una idea). Las otras crías, respondí a mi amigo, son de provecho vertical, conejo, liebre o gallinas, y a ése se han puesto los amigos de usted, perezosos como gente de sol.

Yo tenía que decir al Dr. Santos en aquella mesa más de decir que de beber, cómo le agradezco el que en esa sábana liberal, que es su diario, no se nos estropee ni se nos ensucie ni se nos desdeñe siquiera nuestra creencia a los que la tenemos y que la llevamos con nosotros, porque no somos de los que la dejan en casa. (¿Cómo podríamos usted y yo, amigo Max Grillo, sentarnos en ese poyo amplio del *Tiempo* a contar el asunto de enjundia cristiana sino con esta confianza de que no nos relegan el artículo a la 8ª página, ni nos lo tajan en el tendón que lleva el ímpetu bueno?)

Ha vivido tres años en la Francia de su educación el Dr. Santos, y ha vuelto a la Bogotá de su empresa gran-

(1) Dejo para otra ocasión decir al Dr. Santos cómo el héroe, a mi juicio, es un anti-liberal.

(1) Ambos lo velan un poco por... naturaleza de cortesía uno, de piedad el otro.

de. Ahora yo abro *El Tiempo* como la sala de su misma conversación. Ahí está, en tipo grande, marcado como por una voz más rica, el editorial en que clarifica la borra de la actualidad y aconseja con una firmeza exenta de *dominismo;* ahí las notas de la 3.ª página en que un compañero permeado de su tendencia pone la greca del momento colombiano y del de la América; ahí sus *Lecturas Dominicales*, en una sinfonía que él gobierna, de prosas y poemas de los cuatro puntos cardinales. Responde con la tendencia literaria de su cotidiano a la índole de su pueblo, el que compra más libro en el Continente después del Brasil, y que es el más vigilante, el más ceñidamente celoso del español en la América. «Yo me llamo Colombia y me apellido Cervantes».

La lectura del *Tiempo* me ayuda y me nutre el americanismo que cuesta alimentar lejos, porque los barrios de nuestra cultura—cultura mexicana, uruguaya, chilena, son barrios de una sola,—están tajados por nuestra geografía patética que pone una cordillera para separar dos gentes casi idénticas. Gracias a él yo puedo saber en qué aventura mortalmente fogosa anda Vasconcelos por la Sierra Madre; qué pedagogías le contaron y le hicieron ver en Buenos Aires a Martínez Mutis; qué matorral de ideología política confusa reduce a disciplina la mano rigurosa de Sanín Cano; qué crítica de una probidad de clásico latino hace del libro de afuera como del de adentro Nieto Caballero; qué poema es el último que deja aventado en el camino, para que si gustan lo recojen y si no gustan lo dejen, que lo mismo le da, el errante Ricardo Arenales. Información de servicio; información buena cuando no es óptima; regalo semanal de información que ayuda y que hasta da alguna dicha leer, por lo bien regida que se nos da, ella, regida por el hombre que ha aprendido su oficio y sigue aprendiéndolo, como todos los oficios que no son cosa de rematar.

*Gabriela Mistral*

Vichy, 1929.

Querido García Monge: Envíole el trabajo adjunto de Gabriela Mistral porque es de justicia que el *Repertorio* se adhiera al homenaje que la lúcida pensadora nuestra le tributa al Dr. Eduardo Santos, Director de *El Tiempo* y uno de los periodistas más eminentes, más honestos y más generosos de nuestra América bañada de individualismo e intereses terrenos.—*Dembrosis Martins.*—París, Nov. 1929.

---

# Estampas

## El colonizador fenicio disfrazado de experto

(*Envío del autor*)

Cuando la apreciación común quiere resumir el poder de una vida usa una locución que desde hace siglos viene roída por el lugar común. Aseguran de una manera superlativa que esa vida es «De alto coturno.»

Y si hay el intento de meterle miedo a un país, desacreditarle sus varones vigilantes, los resucitadores del coturno le dan el soplo mayor de pompa. ¡Cuantos escollos, cuantas asechanzas esconde «El alto coturno» para la soberanía de un país pequeño y desorganizado! Costa Rica, por ejemplo, que ha dado a uno de sus problemas vitales, el de la electricidad, una solución que armoniza con principios saludables, está oyendo el tintineo de «El alto coturno». Contra los hombres que en esta hora importante custodian la ley de nacionalización de la electricidad, oponen los intereses del *trust* norteamericano el lugar común de «El alto coturno». El capital de «El Imperio Eléctrico» en formación incontenible, siente que la oposición lanzada por esa ley debe capitular cuanto antes. Para tal menester ocurre a trasplantar del suelo ya subyugado aquellas fuerzas humanas que dieron nacimiento y remate a la hazaña. Si en otro suelo semejante pudieron imponer sus sistemas de conquista, aquí también han de triunfar. Para eso empiezan por notificarnos que esas fuerzas pertenecen a «El alto coturno». Así se limarán salientes estorbosos y el país adquirirá conciencia de que con la electricidad suministrada por gentes que sí entienden de su manejo y distribución, los bienes nos vendrán de todos lados.

Sin embargo, hay que impedir que se nos cale la superstición de «El alto coturno» Es necesario decir que los hombres que el *trust* ha importado para sorprender al país representado en la institución del «Servicio Nacional de Electricidad», son peligrosos. Uno de ellos, el señor Frank Steinhart trajina desde hace un cuarto de siglo con la soberanía de Cuba. Y la acusación procede de un norteamericano, Leland H. Jenks, y esta contenida en las páginas denunciadoras del imperialismo desarrollado por el capital de la propia patria de Jenks. No inventamos cargos. Los buscamos en las conciencias irritadas que en el Norte condenan la política absorbente desatada contra los países de por acá, de estos lados del tropico. El hoy magnate al servicio del *trust* eléctrico fue en los comienzos de su carrera de hombre de negocios cónsul de los Estados Unidos en Cuba. Y su consulado le sirvió para decir al Presidente Roosvelt en telegrama «absolutamente confidencial», lo siguiente: «Envíe inmediatamente dos barcos, uno Habana, otro Cienfuegos.»

¿Qué sucesos ocurrían en Cuba cuando Steinhart apuraba el envío de la marinería sofocadora? Simplemente que el pueblo cubano, haciendo uso de su soberanía, ejercía el derecho de rebelión. El cónsul Steinhart, aliado del bando que el pueblo repudiaba, inducía desde su posición a su patria adoptiva a que oprimiera y esclavizara. Y por cierto que la conducta de Steinhart hirió profundamente la soberanía cubana hasta el extremo de recibir la isla que Martí quisiera gloriosa, la ofrenta de que el Presidente norteamericano se proclamara gobernador de ella. Trajinó, pues con una soberanía, para mancharla, para dejarla debilitada y vulnerable.

Ese hecho nos hace estar en guardia contra el hombre que los intereses del *trust* de la electricidad han trasplantado a nuestro suelo. Él es desde mucho tiempo un adinerado que controla el monopolio de la electricidad en Cuba y muchos otros monopolios. Tiene, en consecuencia, una veta de experiencia aprovechable en el desarrollo de los grandes negocios. Este de la nacionalización de la energía eléctrica en Costa Rica es uno de esos grandes negocios y el *trust* que le busca su mengua ha querido sorprendernos con un hombre de alto, de altísimo coturno. Lo vemos moverse en nuestro medio y es imposible que dejemos de pensar en el antiguo cónsul impetuoso que llamó a las playas libres de Cuba la intervención que la esclavizó. Es posible que al dejar el consulado dejó también de pensar en el poder de una nación que él podía mover a voluntad, pero aquella actitud refleja el fondo peligroso de su espíritu. Estos países no son para el antiguo cónsul nada más que un campo de vastos negocios. No tienen otra razón de existencia. Mientras tengan electricidad que venderles cara, cerveza que hacerles tragar, seguros que hacerles imponer a sus habitantes, bienes raíces que reducir a hipotecas y hoteles que ofrecer al turismo, serán países dignos del genio explotador de estos fenicios. Es decir, para el antiguo cónsul la colonia es lo ideal. El colono soporta cuanta explotación quiera ocurrírsele a la mente del genial hombre de negocios.

Pero ese hombre de negocios a menudo cuenta con el colono que ha sido liberto y reduce así más fácilmente los obstáculos de la empresa colonizadora. Muchas veces la brecha, el boquete para el asalto certero lo abren los brazos al servicio del extranjero. Y aquí es donde la confianza del país en los hombres que en la actualidad le vigilan y resguardan sus intereses eléctricos, es absoluta. Ellos están tratando con un poder grande, enorme por las infinitas posibilidades que pone a su servicio el dinero. Se encuentran frente a personas que han subyugado otros pueblos y saben cómo usar certeramente los procedimientos de subyugación. Y el país los ve en actitud viril, invulnerables al asalto.

*Juan del Camino*

Limón y abril del 30.



## Qué hora es...?

*Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...*

# De la escuela, del maestro y del material de enseñanza...

## Gastad, gastad en los maestros

=Parte de la conferencia *El maestro, la escuela y el material de enseñanza*, dada en Bilbao con motivo de la Exposición Pedagógica en agosto de 1905. Ediciones de *La Lectura*. Madrid=

2.—*Véase la entrega anterior.*

VENGAMOS a la escuela. En ella, aunque más brevemente, no os hablaré de uno, sino de dos fetichismos muy en boga. El primero toca a su construcción; el segundo, a la vida que en ella debe hacerse.

Se sueña con monumentos escolares; y yo creo, por el contrario, que el ideal está en acercarse cuanto sea posible a lo que Rousseau decía: «La mejor escuela es la sombra de un árbol.» La frase es menos paradójica de lo que parece, si se considera que el ideal de toda vivienda, ahora como nunca, consiste en conservar en su mayor pureza y adaptabilidad al organismo los dos agentes naturales más necesarios para una vida sana: la luz y el aire libre. Y ¿cómo puede esto conseguirse, sino en medio de la naturaleza, en pleno campo?

Admitamos, sin embargo, para no escandalizar demasiado, que la escuela es una casa. Pero toda casa, desde la más pobre a la más rica, desde la choza al palacio, se ha inventado sólo para mitigar los rigores del clima, para librarse de la intemperie. Así vemos que la vida humana se ha desarrollado con preferencia en las zonas templadas y en los grandes valles. Por tanto, el ideal de la vivienda consiste en suavizar aquellas asperezas, pero sin menoscabo de la luz y del aire: es decir, como veis, en *ponernos a la sombra del árbol.*

Ideales históricos y condiciones de civilización han influído diversamente, como sabéis, en este punto. Enfermedades son, «abismos de la especie humana», las grandes ciudades, los inmensos talleres; mas, por fortuna, la humanidad marcha, hoy más veloz que antes, hacia el aire y la luz. Así lo prueba todo, desde la supresión de las lóbregas alcobas de nuestros abuelos, hasta el trabajar y el dormir, día y noche, como hoy se recomienda, a sanos y enfermos, con la ventana abierta; desde el enorme desarrollo en nuestro tiempo de la vida del campo, hasta la continua preocupación del arquitecto por la orientación, la cubicación, la ventilación, la calefacción, el saneamiento y la iluminación de la casa; problemas todos pendientes de la luz, del calor y del aire.

Transportad esto a la escuela, donde no ya pocas personas, como en la casa, sino, por desgracia, muchos, muchísimos niños, han de vivir juntos durante todo el día, y veréis cómo la primera condición para suministrarles la luz y el aire convenientes, si los queréis tener sanos, no es un monumento, sino un campo. Escuela no ya sin patio, que más parece pozo, como hay muchas, ni sin raquítico jardín, que ni para alegrar la vista de los transeúntes sirve, sino sin campo escolar, sin verdadero campo, no es escuela sana. Con razón se ha dicho que, en este respecto, son muy superiores a la mayoría de los nuevos edificios, con sólo acondicionarlos medianamente, los antiguos pórticos de las iglesias rurales, donde todavía se da escuela en algunas apartadas comarcas. Peor come el pobre niño de aldea que el niño burgués de la ciudad; menos se cuida su persona que éste. Y ¿de dónde saca la superioridad de su robustez sobre la anemia ciudadana? Pura y exclusivamente de la luz, del aire, del trabajo rural, del sano excitante estímulo muscular que el campo proporciona.

Al construir una escuela, pensad lo primero en el campo escolar. Si el terreno es caro, llevad la mayor parte de aquéllas a la periferia; haced que sean la última casa de la ciudad y la primera del campo y gastad en conducir a ellas los niños, si fuera preciso, como ciudades del extranjero, semejantes a la vuestra, hacen ya en casos análogos. Para las que sea absolutamente necesario instalar en el centro, gastad sin duelo en el solar, haciéndoos cuenta que tenéis un hijo enfermo, a quien debéis atender más que a los sanos. Y en unas como en otras, ahorrad en la construcción monumental y sed espléndidos en el campo.

———

Si esto manda la Higiene, ¡cuánto no podrá decirse de la Pedagogía! No quiero hablar de las infinitas ventajas que el campo escolar ofrece para la educación. Por no fatigaros, citaré un sólo punto, el de mayor trascendencia, a mi juicio, que es el del juego.

Todo trabajo sano pide una alternativa de *recreo*, y las fuerzas del niño no se vuelven a crear, no se *recrean* más que jugando. El campo se necesita, pues, no sólo para jugar, sino para poder trabajar sanamente. Sea o no exacto el hondo pensamiento de Kant y de Schiller de que el juego es el origen del arte, lo cierto es toda verdadera educación ha de impulsar las fuerzas creadoras, y el niño no crea, es decir, no es artista sino cuando juega. El juego es la única esfera de sus creaciones. De donde el penetrante sentido de Froebel, al basar en el juego toda la educación de la primera infancia. Pero en el juego libre, creador, espontáneo; no en esta apariencia de juegos impuestos, tontos, mecánicos, rutinarios, rebosantes de aburrimiento para maestros y para niños, en que por todas partes suele degenerar malamente el froebelianismo.

Y el juego no acaba, por fortuna, con la infancia. De representativo y dramático, conviértese en atlético para el adolescente; y da alegría a su espíritu, fortaleza al cuerpo, serenidad al ánimo, vigor al carácter. Él nos enseña, como ningún otro maestro, a medir nuestras fuerzas y nos prepara discretamente a las relaciones y luchas sociales. En él aprendemos la destreza en la lid, la modestia en la victoria, la tranquila cortesía en la derrota, la inhibición, el dominio sobre nosotros mismos, el buen humor constante—el mejor signo de la plena salud de cuerpo y alma.

Él es la salvaguardia más segura contra los elementos morbosos de las edades pasionales; y él, sobre todo esto, nos disciplina, nos pone en nuestro sitio, enseñándonos que allí, pequeño o grande, hay que cumplir el deber, pues de él pende la común obra social del partido. El mayor bien, éste, que podría prestar la educación por el juego atlético a nuestro atomístico, insolidario y anárquico carácter.

Y dichosos los pueblos en que, no ya sus adolescentes, sino sus hombres viriles, de todas las clases sociales, continúan jugando porque el juego es arte y placer estético, y la humanidad, es bien sabido, diga lo que diga Spencer, que necesita, antes que comer, divertirse. «Si el pueblo no se divierte sana y honradamente—ha dicho doña Concepción Arenal—se divertirá de otro modo; pero se divertirá a todo costa. Buscadle, pues, diversiones honradas.»

El juego educó a Grecia en la antigüedad, y a Inglaterra en nuestros días: los dos más altos ejemplares de juventud saludable y vigorosa que toman, en este punto, por ideal los demás pueblos. «Aquí — decía Wellington, ya anciano, contemplando las praderas de juego del colegio de Eton—, aquí se ha ganado la batalla de Waterloo.» Y yo, en este pueblo, en este país vasco, donde más que en ningún otro punto de España se ha conservado el juego entre todas las clases sociales, el juego sano y noble, el juego corporal al aire libre; donde hasta hace poco tiempo, según creo, se veía jugar al alcalde y al médico, al juez y al sacerdote, yo os digo: restaurad vuestros juegos, que van a morir, como muere toda función social cuando cae en exclusivas manos profesionales; y para restaurarlos, enseñad a jugar a vuestros hijos; que más cuesta—y os aseguro por dolorosa experiencia—enseñar a jugar (a jugar de veras, que es cosa muy diversa de juguetear y divagar) que a estudiar a los niños españoles. No hagáis una escuela sin campo de juego.

———

Y ¿cómo será la casa de la escuela? Como debe ser toda construcción racional. Como ha sido la arquitectura de los dos momentos capitales en la historia del arte occidental: el griego de Pericles y el cristiano del siglo XIII; sincera y económica. De estos dos elementos, bien manejados—y esa es la función del arquitecto—, brotará el estético; que ni la simple monumentalidad,

ni la mera riqueza de los materiales, por sí mismos, dan belleza. De la economía no hay que hablar. Se impone como ley necesaria de la racionalidad en toda obra humana. Desde la formación de las lenguas hasta los contrafuertes, botareles y pináculos, en que nuestros abuelos veían un reflejo de la oración subiendo al infinito, o una imagen de la selva germánica, el espíritu ha procedido y sigue procediendo rigurosamente según ley económica, y se ha escapado, y se escapa, y se escapará siempre, como los ríos, por la línea de menor resistencia. ¿No sería absurdo quebrantar esta ley en la escuela pública, donde, por naturaleza y destino, con más severidad debe guardarse?

La sinceridad pende, por una parte, del modo de usar los materiales y del empleo de las fuerzas constructivas; y, de otro lado, que es el que nos importa, de la concepción del plan, que, para ser sincero, ha de partir de dentro afuera, como un organismo, y no de fuera adentro, que es como suele hacerse. La fachada ha de ser para la casa y no la casa para la fachada. La casa ha de construirse para el habitante y de acuerdo con lo que en ella haya de hacerse. He aquí por qué es necesario, antes de edificar la escuela, determinar bien la clase y el régimen de la enseñanza que en ella va a darse; y esto no es asunto que pueda decidir la autoridad administrativa, ni el arquitecto, ni el médico higienista—las tres etapas que ha atravesado la construcción escolar hasta ahora—, sino el técnico de la educación, el pedagogo. Y si la Pedagogía dice que las escuelas han de ser graduadas dondequiera que se cuenta con más de un maestro, como lo son hace medio siglo en las naciones civilizadas, menos en nuestra patria, y que los grupos han de ser homogéneos y poco numerosos, huelgan los inmensos salones, porque tienen que desaparecer los rebaños de niños, e impónese la necesidad de gastar en abundancia de maestros, para la ordenada división y subdivisión de las clases, antes que en ricas y suntuosas escuelas; pues importan más para la educación del porvenir las pequeñas secciones graduadas de niños, con su profesor cada una, en pleno campo, que los montones de cien y doscientas criaturas de todas edades y condiciones, con un solo maestro, aunque tuvieran por clase el salón del trono del Palacio de Oriente.

---

Enlazado con el de la construcción, hay todavía un segundo fetichismo, dije, referente al concepto y la vida de la escuela. ¿Para qué es la clase? ¿Qué debe hacerse dentro de ella? La clase lo es todo en nuestra primera enseñanza, y dentro de sus cuatro paredes ha de aprender el niño todo lo cognoscible. Ocho, nueve, diez años, asistirá a la escuela primaria un alumno, desde los tres, como párvulo, hasta los doce o los trece; y día tras día, semana tras semana, en la clase habrá entrado y salido a la misma hora, mañana y tarde, y allí habrá leído y escrito, oído y recitado, aprendido bien o mal, pero siempre dentro de clase, lo que haya aprendido. Este es el fetichismo.

Y, sin embargo, espíritus esclarecidos nos han dicho ya que si la escuela ha de cumplir su misión, tiene que ser imagen de la vida, y no representar para el niño otra cosa que lo que representa el gabinete de trabajo para el hombre. Y ¿dónde trabajan, el ingeniero, sino en la fábrica; el naturalista, sino en el campo; el médico, en los hospitales; el juez, en el tribunal; el sacerdote, en su cura de almas; el arqueólogo, en sus monumentos; el historiador, en el Archivo; el novelista, en el salón o en la taberna? Y ¿qué hacen, luego, en su gabinete, sino rumiar, clasificar, compulsar, ordenar, publicar lo que a la vista de la realidad han aprendido? Rompamos, pues, los muros de la clase. Llevemos al niño al campo, al taller, al museo, como tanto y tan sanamente se ha predicado ya; enseñémosle en la realidad antes que en los libros; éntre en la clase sólo para reflexionar y para escribir lo que en su espíritu permanezca o en él haya brotado; trazando así, espontánea y naturalmente, el único libro de texto que ha de estar a su alcance. ¿Qué hace falta para poder realizar esta escuela, imagen de la vida? Todos lo comprendéis: hacen falta maestros. A ellos hay que atender antes que al edificio escolar, como antes que al material de enseñanza. Concluyo, pués, como allí terminaba: formad maestros; aumentad los maestros; gastad, gastad en los maestros.

Y como estoy seguro, y es natural que así suceda, de que muchos hallarán exagerada, cuando no extravagante, esta obsesión que me embarga en favor del maestro, me conviene advertir que en el país en que, con sin igual esplendidez, se ha gastado en la enseñanza; en el pueblo que ha dado, desde que nació, y sigue dando, el más alto ejemplo de prodigalidad que registra la Historia, con sus donaciones públicas y privadas en favor de la educación; en los Estados Unidos lánzanse, a la hora presente, protestas, quejas amargas de que el dinero de la nación y el de los archimillonarios; los millones de dólares de los Peabody, Vanderbilt, Carnegie, Rockefeller y Morgan, sean principalmente, para lo más externo, para aquello que, por entrar antes por los ojos, con mayor facilidad puede verse: edificios, moblaje, material de enseñanza; y no para la mejora y creación del personal docente. Ya veis que no estoy solo, y que allí donde menos pudiera esperarse, levántanse también voces de alarma. Y es porque comienza a penetrar en los espíritus la idea de que la escuela, como la universidad y toda clase de centros de enseñanza, no son un mecanismo de piedra, hierro y ladrillo, ni siquiera de libros y aparatos, sino una institución, esto es, una función social, desempeñada y representada por personas de las que en todo caso, y sólo de ellas, hay que esperar su salvación o su ruina.

*Manuel B. Cossío*

---

# Primo de Rivera

*(Envío del autor.)*

BASTAN quince días, es verdad, para que una noticia, se haga vieja; a mí la muerte del General Primo de Rivera se me hizo añeja desde anoche, pero queda el recuerdo de la tiranía, y ése, me imagino que durará algo más de una quincena de días, de la más ingrata de las tiranías, como que solamente un lobo podría ser tirano de un rebaño como es este pueblo español, con la herencia de las cadenas, y con la resignación para soportarlas.

Y cosa extraña, incomprensible en este pueblo, que soporta con toda resignación a un tirano: saltará con una gran medida de heroísmo a una plaza de toros en donde hoy o mañana encontrará la muerte. Acaso el pueblo español, por no tener noción de lo que es la libertad, no la ambiciona o por lo menos se desea en forma relativa y pacífica.

Primo de Rivera ha muerto, es la más cruel pero es la más rápida de todas las soluciones dictatoriales; el Marques de Estella seguramente no volverá a la dictadura.

Hay una cosa que nunca he podido comprender en eso de las tiranías: un sólo hombre, hace de un pueblo lo que le viene en gana; tal vez, si se meditara con un poco más de detención en eso de las relaciones de número, los tiranos desaparecerían por encanto. Es claro, que un tirano no es simplemente un tirano; un tirano con apéndices, pero terminada la cabeza será difícil que no mueran los miembros.

Al fin de la dictadura de Primo de Rivera me tocó a mí estar en España; fué un grito de libertad dado en un barril, un grito sin eco; es como el individuo que está enfermo de cinco dolencias a la vez, que si se cura de una, las cuatro restantes bien rápidamente lo hacen regresar a su habitual tristeza.

Primo de Rivera ha muerto en un hotel de tercer orden en París, le tocó su turno de guadaña. Antaño se revivía la vida de los príncipes; hogaño hagamos lo mismo; no se lleva la muerte el recuerdo de seis años de tiranía, drama en seis largos actos cuyo título de *dictadura en 1930*, le da el aspecto de las más lastimosas pantomimas.

Debe respetarse a los muertos, más no puede enterrarse su historia.

*Max Jiménez*

Madrid, 1930.

# Carta de amor a la Ramera

= Del tomo *El Surtidor de Estrellas*. San José de Costa Rica, 1929. =

Yo te hablo de amor, mujer sin hijos.
Yo te hablo de amor, mujer sin alma.
Yo te hablo de amor, mujer sin sexo:
¡Sexo sin mujer,
Hermana Ramera,
***Yo te hablo de amor!***

Yo te hablo de amor y de dolor,
¡Mujer dolorosa de no haber sufrido nunca!
¡Mujer completa, mujer trunca
porque nunca te partiste en dos,
¡muñón de mujer
porque nunca te amputaron una nueva vida!
¡Mujer-Virgen
porque nunca te violó el Dolor!
¡Virgen-Madre de hombres que no han nacido!
¡Madre de todos tus amantes,
Amante de todos los hombres,
Amante sin amor!
***Yo te hablo de amor!***

Yo te hablo de un amor inmenso
y más allá de ti misma,
hermana en humanidad,
hembra del hombre,
loba para el hombre-lobo.
Porque yo te amo,
hermana mía:
¡te llevo en mis entrañas como un feto,
como un cáncer,
como una víscera!
Te amo por todo lo que no has sido
y que pudiste ser,
¡Oh hermana Ramera que pudiste ser mi hermana!
¡Oh hermana Ramera que pudiste ser mi esposa!
¡Oh hermana Ramera que pudiste ser mi madre!

No te amo por ti,
mujer,
sino por *ti misma*,
Mujer Eterna,
que por no haber parido nunca
has quedado para siempre encinta,
preñada para siempre
de misterio,
como un negro nubarrón del Caos,
¡como una vaga y profunda Noche
primordial,
preñada para siempre
de un informe Fíat Lux!

¡O Mujer,
Mujer Eterna,
tan antigua como el Hombre,
tan antigua como Dios!
¡Pantomorfa Isis,
Tétrada divina,
Síntesis de los Elementos,
Agua, Fuego,
Aire y Tierra!

***Agua.***
¡Agua sagrada del mar!
¡Mar azul!
¡Mar salado de lágrimas,
adonde van,
como ríos cargados de cieno,
adonde van a abismarse,
y confundirse,
y purificarse,
abandonando en ti sus limos todos,
todos los pobres rijos
de tus hermanos los hombres!

***Fuego.***
Paradójica vestal del Fuego ardiente,
del sacro Fuego inextinguible
de la Vida,
que funde y depura en tu crisol
carnal
el plomo gris de la lujuria,
trasmutándole maravillosamente
en Oro alquímico,
¡en el Oro auroral y radiante
de una nueva,
impoluta
castidad!

***Aire.***
Aire abrasador de los desiertos,
humilde y puro torbellino,
simún que azotas y arrastras y barres a los hombres,
para cargarte de sus impurezas,
¡hasta dejarles limpios
como rocas enhiestas,
castos
como lagos de oasis,
como lagos recién nacidos!

***Tierra.***
¡Tierra baldía,
tierra estéril,
tierra triste!
Y con todo, Tierra Madre,
Origen y Fin,
Alfa y Omega,
¡tierra fecunda,
pero sin ríos de amor!
Mi corazón,
como una nube de tormenta,
vierte hoy la lluvia de sus lágrimas
sobre tu vientre amplio y redondo
como el mundo:
sobre tu vientre donde el sexo,
como un surco,
eternamente espera
la simiente!

¡Oh Hermana Ramera que pudiste ser mi hermana,
que pudiste ser mi hija,
o mi esposa,
o mi madre!
Y de quien sólo hemos hecho
una cloaca necesaria y triste
para las aguas impuras:
ruega por nosotros,
mujer,
por nosotros que hemos hecho de ti
lo que eres;
ruega por nosotros y perdónanos,
¡Eva,
Madre Ramera!
Perdónanos de haber renovado
contigo
el Gran Incesto inmemorial,
¡el eterno, el profundo, el insondable incesto
de Edipo con Iocasta!

Mi corazón mana hoy sangre y leche
por ti,
¡Madre que no fuiste madre!
Leche por esos tus pechos
que no amamantaron;
sangre por ese sexo tuyo
que tiene forma de herida,
para dar su triple sangre
de virgen,
de mujer
y de madre,
¡y que nunca pudo sangrar!
Mi corazón mana hoy sangre y leche,
¡sí, sangre y leche por ese cuerpo todo
que no pudo, en un hijo,
salirse de su carne,
que no pudo nunca
darse a luz!

Más no sólo de carne nace el hombre,
¡esposa Ramera!
nò sólo de carne,
sino también de espíritu:
por eso mi corazón lleno de fe,
mi humilde corazón sembrador
arroja hoy sus lágrimas al viento,
como semillas de sangre,
como un polen de dolor,
como un semen angélico,
hacia tu vientre amplio y redondo
como el mundo;
**hacia tu vientre donde el sexo,**
**como un surco,**
**eternamente espera**
la simiente:
¿Quién sabe?...
¡Quizá nazca de ti un día,
en milagrosa y triunfal partenogénesis,
Quizá nazca en ti, un día,
—por fin—
*Un Dios!*

*Alberto Guerra Trigueros*

San Salvador, 1929

## Conflicto en Venezuela entre el Clero y la Dictadura

*(Envío del autor)*

Entre el clero y la dictadura han surgido graves disidencias. El sable y el incensario se han divorciado momentáneamente. El «General» Felipe—como significativamente nombran en Caracas al Arzobispo Rincón González—y el «General» Gómez están tirándose los platos a la cabeza. Los amigos de siempre, los aliados de todo y para todo, acaban de romper su entente y cada cual adopta frente al otro posiciones beligerantes. Esto, por supuesto, dentro de un marco de tan esmirriadas proporciones que le resta a esta lucha de «compadres» todo elan heroico, Se mueven los combatientes dentro de los dominios de Tartarín.

Después de que el clero ha venido cubriendo durante veinte años, con los falsos oros de la curia romana, las lacras de concubinario del déspota y de su cuadrilla, resolvió ahora, con inesperado celo apostólico, volver por los fueros del «hogar». El obispo Montes de Oca, de la diócesis de Valencia, fue el instrumento de ese saludable propósito de enmienda. En setiembre del año pasado dirigió a sus ovejas una ejemplarizadora «Instrucción sobre el matrimonio». En ella, se comienza condenando al concubinato puro y simple, a la unión más o menos durable de una pareja que, como los animalitos de la naturaleza, resuelve juntar sus vidas sin otro vínculo que el de una común determinación. Luego, llevando más lejos la proyección de su prédica, descalifica ante la iglesia a toda unión que, aun cuando legalmente hecha ante códigos y funcionarios, no hubiere sido santificada por la audición de la Epístola. Afirmaba Montes de Oca, como conclusión final, que si para toda clase de efectos jurídicos, según la ley venezolana, eran considerados como legítimos los hijos de padres casados sólo civilmente, para la iglesia y para la religión continuaban colocados en la casilla infamante del espurio, del nacido de uniones concubinarias.

Hablar de concubinato en la Venezuela de estos días es mentar la cuerda en la casa del ahorcado. Los dirigentes del gobierno son hombres tan cercanos a la selva, biológica y mentalmente, que están en plena etapa de poligamia. La líbido es la única brújula en sus relaciones sexuales. Son, específicamente, «machos», en la acepción nueva que a este concepto da Gregorio Marañón. De ahí que todos se sintieran aludidos por la pastoral. Y, mas directamente que ninguno, el «Coronel» Hugo Fonseca Rivas, Gobernador de Valencia, quien para esos mismos días escandalizaba a las gentes con sus francachelas en unión de cualquier comiquilla de la legua. (Llegan por docenas a los puertos venezolanos. Tanto como los poetas. Al desembarcar en La Guayra, la corista del ***Moulin Rouge*** y el vate Chocano se guiñan maliciosamente, un ojo. Ambos saben a que van). Fonseca Rivas abrió operaciones contra el inesperado censor. A la cuestión moral le buscó «la vuelta», como se dice en el argot del régimen: le dió matiz político. Gómez, en esos días más aterrado de lo que lo está normalmente por los brotes revolucionarios surgidos en los cuatro costados del país, dió su asentimiento a todo. Rubén González, ex-Ministro de Educación,—nosotros, los de la Universidad, le descomponíamos lastimosamente el nombre y lo llamábamos *Burren*—, actualmente factótum de turno en la dirección de la «camarilla», estaba de hecho al lado de Fonseca. Rubén González tiene un odio biológico, instintivo, por los frailes. Es en él una predisposición natural, tan imperiosa que no logra inhibirse ante sus arraigadas conviccionss reaccionarias. Es un servidor incondicional de la dictadura, pero, odia al clero, aun cuando lo sabe aliado de aquélla. Las cosas a esta altura, se trajo de la mano al leguleyo que le buscara «la vuelta» a Montes de Oca. Empresa fácil para quienes ya son técnicos en eso de darle forma «legal» a cuanta vagabundería pueda imaginarse. Se hizo aparecer a Montes de Oca como en franca rebeldía contra el Poder Civil y como desleal al juramento que hiciera, en el momento de recibir la investidura obispal, de cumplir y respetar las leyes nacionales. Y la noche antes de publicarse en la Gaceta Oficial su decreto de expulsión, fundamentado en las razones apuntadas, ya estaba el señor obispo en el camarote del barco que lo llevaría al destierro. Horas antes, sin previa citación, sin ser acusado ante ningún tribunal ni concedérsele el más elemental derecho de defensa, fue aprehendido en la ciudad de Los Teques; y, entre esbirros mudos, que nada sabían o que nada querían decir, fue conducido hasta el puerto de La Guayra.

Esto sucedió en octubre de 1929. Montes de Oca llegó a Puerto España, primera escala en su destierro. Allí le acogió con los brazos abiertos el clero colonial. Durante algunos días se comentó mucho el suceso, dentro de Venezuela y en los sectores de la emigración revolucionaria. Después, ya nadie se ocupó del asunto. Todos presumimos que no tendría mayor trascendencia. Ha sido tan sumisa y tan conformista la actitud del sacerdocio venezolano con el déspota, que ninguno imaginó ni remotamente la posibilidad de una reacción. El recuerdo de hechos que están muy presentes en la memoria de los venezolanos contribuía a robustecer ese excepticismo. Cuatro eminentes sacerdotes nuestros,—los Presbíteros Fránquiz, Ramírez, Monteverde y Mendoza—, soportaron por largos años prisión y torturas en las cárceles de Gómez, ante la pasividad cobarde y vergonzosa del clero. Uno de estos sacerdotes,—Fránquiz,—ante la perspectiva de una nueva encarcelación, intentó salir clandestinamente del país. Descubierto en su propósito, cuando ya estaba en el puerto de La Guayra, fué regresado a Caracas, a pie, en alpargatas, con una soga al cuello, por el camino llamado «del Cerro», abierto por el conquistador entre los riscos del Avila. Fránquiz murió en la Rotunda, envenenado, el 16 de diciembre de 1917. Los Te—Deum del día de la Paz, fecha «clásica» de la Rehabilitación, no se terminaron por eso; ni dejaron tampoco de hacer los sacerdotes elogios velados del régimen en púlpitos y confesionarios, en sermones y prédicas, ni los Rincón González, Carlos Borges, Aranaga y Compañía se abstuvieron de celebrar oficios religiosos en los santuarios privados de las concubinas de los Gómez.

A pesar de todo, y cuando menos se esperaba, el episcopado, en masa, se dirigió a la dictadura, exigiéndolo en un documento breve y terminante la «suspensión de los efectos del decreto de expulsión del Ilmo. Sr. Salvador Montes de Oca, dignísimo Obispo de Valencia». Esta nota es del 4 de marzo. El 10 del mismo mes contestó el Ejecutivo, por órgano del ministro de lo Interior, Ruben González. El tono de la respuesta denota, antes que todo, una sincera extrañeza (1). Igual que nosotros, y con más razón que nosotros, los hombres de

(1) La prensa oficial participó de ese asombro. Vallenilla Lans, en editorial de *El Nuevo Diario*, correspondiente a la edición del 11 de Marzo, se pregunta- *¿De dónde sacó alientos el Episcopado venezolano para dirigirse en esa forma al Gobierno Nacional?*

la dictadura no sospecharon una reserva potencial de verticalidad en quienes parecían tan avenidos con su desairada y anodina posición. Concluye la nota, insolente y despectiva en todo su contenido, con este párrafo: «El ejecutivo Federal ha sido puesto en el preciso e indeclinable deber de decirles que no puede admitir por ningún respecto, ni por ningún motivo, la forma intempestiva en que ustedes tratan de conservar con él la paz y la armonía; y que se ve obligado a aceptar el estado de cosas con que ustedes lo han amenazado». Y aquí viene lo inesperado, lo asombroso. El 11 de marzo contestó el Episcopado a esta nota del Ejecutivo con un extenso y enérgico memorial, donde se impugnan resueltamente todas las acusaciones hechas por la dictadura a Montes de Oca y se concluye protestando, *constitución en mano*, por las violaciones de primordiales garantías individuales en ella proclamadas en el caso de la prisión y expulsión del colega. El periódico *La Verdad*, órgano de la curia, editorializó alrededor del mismo tema, estampando en sus columnas las mismas invocaciones a garantías constitucionales que les valieron a 300 «comunistas» de la Universidad un año de confinamiento en la carretera de los llanos. Los personeros del «orden» y de la «paz», los sacristanes de esa Jauja idílica que es Venezuela bajo el gomezolato, sustentando, con idénticas palabras, las prédicas «disociadoras» de los estudiantes! Los mismos que reunidos, a raíz de la deportación en masa del estudiantado, en la ciudad de Coro, para celebrar un congreso *mariano*, suscribían mensajes para Gómez donde se le aseguraba que todos,—y entre ellos, el propio Montes de Oca,— «rogaban al cielo por su preciosa salud,» son los que hoy, un año después, reconocen que no es tan «paternal» Juan Vicente, que sus manotadas de bruto alcanzan también a cabezas sacerdotales, aún cuando esas cabezas sostengan mitras.

Hasta aquí el conflicto. No sabemos si pasará de este límite. Es posible que en la tarasconada se agotara la escasa reserva de entusiasmos del episcopado. Monseñor Montes de Oca viaja en estos momentos hacia Roma, donde de cierto que pondrá en grave aprieto a Pío XI. Le será a éste sumamente delicado anatematizar a Juan Vicente Gómez. No olvidemos que Benedicto XV le colgó a este señor, del pecho, la Cruz de la Orden Piana y lo elevó a las altísimas dignidades de Conde Romano y de Príncipe de la Iglesia, títulos inamovibles y hereditarios. No nos interesa en sí mismo el conflicto que venimos comentando. Desde nuestra visual revolucionaria lo interpretamos sólo como un hecho sintomático. Denuncia, a las claras, el descrédito y la anarquía interior del régimen. Cuando el clero, aliado natural del despotismo, le da la espalda, es por que ya el pueblo está resueltamente de pie frente a aquél. Cuando la rebeldía llega a los baptisterios es porque se tiene conquistados todos los estratos sociales. Cuando la casta sacerdotal se hace «revolucionaria» es por que ha intuido, con su aguzado sentido práctico, que sus poderosos protectores de ayer están condenados a una liquidación a breve plazo.

*Rómulo Betancourt.*

San José - Costa Rica. Marzo de 1930.



# Tablero

## = 1930 =

**De Europa** *nos cuentan que Carlos Pellicer ha estado en la cárcel, Mexico, D. F. No se sabe si ha salido o si continúa en ella. Es posible esto? En Marzo 23 contaba ya 20 días de estar preso e incomunicado. No se ha probado cosa alguna contra él y hay, sin embargo, una madre que llora el día y la noche.*

*Ya está México probando el amargo fruto de despotismo? Pobre México. Días desolados le esperan a sus hijos dilectos y selectos, si por el atajo del despotismo continúa.*

*¡Qué pena nos da imaginarnos en la cárcel al gran poeta Carlos Pellicer, biógrafo y cantor de nuestro padre Bolívar! ¡En la cárcel un hombre puro y sensato, incapaz de la menor vileza y también incapaz de andar en motines! ¿Hasta cuando, México, de nuestras esperanzas?... También allá la dictadura deshonesta y cruel va dejando huellas inmundas como en Cuba, Venezuela, Perú y Chile. ¡Vergüenza y deshonor son estos días aflictivos que nos está tocando ver en casi toda la América nuestra!*

---

**Max Jiménez,** americano, autor de *Sonajas* (Compañía Iberoamericana). Ya era conocido entre nosotros por su libro *Gleba*. En este volumen de ahora hay el ritmo nostálgico de un espíritu que trasporta sus paisajes a los rincones de la ciudad. *Sonajas* ha nacido bajo el signo de París. «Hace un viento de océano; tal vez al doblar la esquina me voy a encontrar el mar». Max Jiménez acierta en esas metáforas, que tienen sentido de lejanía, esas metáforas de las estrellas incógnitas y los ríos transeúntes. Tiene un acento original y no desdeña el arte eterno de vestir con poemas los estados de alma.—***José Díaz Fernández.***

En la sección ***Los Libros Nuevos*** de *El Sol* de Madrid, 19 de marzo de 1930.

**El** *Repertorio Americano*, semanario de cultura hispánica del que nos ocupamos repetidas veces en estas mismas columnas, siguiendo su magnífica costumbre, grata para los lectores de las Américas, de ofrecer una selección antológica de las letras clásicas y modernas, ha iniciado, en estos mismos días, la publicación de selectas páginas de la literatura bolivariana. Así piensa corresponder la escogida hoja de San José de Costa Rica, con su aporte ordenado, a la celebración del centenario de la muerte del Libertador, honrando su memoria con la reproducción de los mejores estudios y poemas que se han consagrado a Bolívar y cumple con el dictado de su nombre, con su objeto de repertorio para los escritores de América.

El semanario de San José ha expresado su voluntad de recibir, por envío de los escritores hispanoamericanos, nuevas páginas acerca de Bolívar para entretejer la corona de recuerdo que le preparan los pueblos por él libertados en la conmemoración centenaria del año presente.

*(El Comercio, Quito.)*

iba y venía entre mi hermana y yo, de un sexo a otro, indecisa ella misma en definirse y participando por igual en la maldad irónica de la una y la torpeza rápida del otro.

Mis amigos, en la Escuela, se habían referido muchas veces a las novias que obtenían los domingos, durante las excursiones que emprendían, junto con sus padres, a algunos sitios pintorescos en los alrededores de la ciudad. La idea me vino, entonces, de imitar un poco aquel atrevimiento que tanto me halagaba en el relato de sus conquistas. Pero, ¿cómo encontrar en la agilidad masculina de Atala una quietud de que colgar, de pronto, el proyecto ridículo de mi noviazgo?

Como resultado del tono de protectora complicidad con que las personas mayores nos aludían, nuestras relaciones se hicieron, al fin, oficialmente difíciles. El solo miedo de una de esas frases amables, pronunciada por cualquiera de las animadas caricaturas que veraneaban en Cuautla, me endurecía. Para alejarlas de mí hubiese querido suprimir las posibilidades mismas de los encuentros con Atala, pero éstos, exigidos por la vecindad, se iban facilitando terriblemente con la frecuencia.

Recuerdo, entre otras estampas iluminadas por la memoria en aquellos días, un paisaje de trópico, diluído por el calor, en que la figura de Atala se me aparece, vestida toda de colores claros, en una especie de elegancia periódica, probablemente dominical. Quisiera precisar el sitio de aquella mañana, cuyos solos valores plásticos me siguen siendo fieles. Pero no lo consigo. ¿Se trataba de emprender una excursión a Jojutla, por ferrocarril, con el objeto de conocer alguno de los ingenios de azúcar de mi tío Sebastián? ¿Ibamos a merendar a la quinta de la señora Gómez, para celebrar el aniversario de la inauguración del *Hotel Español?* ¿O, más probablemente, no era aquella gloria de la luz sino el marco que a las diez y media de la mañana ceñía, en el balneario, el camino de nuestro regreso?

Sí, puesto que, unidos a la figura de Atala, recuerdo ahora un interior obscuro, de vieja diligencia, y, en el pescante el ruido opaco de los cocheros en conversación.

## Vidas opacas...

*(Viene de la página 247)*

¿Cuánto tardaban exactamente aquellos viajes? Todavía, impregnados de la tibieza de la aguas sulfurosas, los cuerpos se abandonaban a la lentitud, en una delicia que—adentro—lo afelpado de los cojines y—afuera—lo aterciopelado de los árboles, suavizaban con una misma sorpresa para los ojos y para el tacto... De vez en cuando, el látigo del cochero tegía un 8 elástico sobre el azul cuadrado de la ventanilla, y ese chasquido, único, apresuraba la marcha. Del río que caminaba con nosotros, a un lado de la carretera, subían las canciones de las mujeres, tendidas a secar junto con la ropa.

A veces, oprimida contra mí por las dimensiones estrechas del asiento, Atala se adormecía. ¡Qué paisajes extraños dibujaba entonces, sobre sus ojeras, la sombra de las pestañas! En verlos nacer y formarse, como las nubes, se me iba el regreso hasta no llegar a aquel recodo del camino en que, por entrar de improviso a la ciudad, el golpe de las ruedas sobre el empedrado me reunía, en un solo placer, la delicia de la mirada de Atala, recobrada con la voluptuosidad de los ojos y el semblante perfecto, de la Cuautla insurgente de mi vacación, nuevamente asediada, como la de Morelos, por el sol realista de las once en punto de la mañana.

*Jaime Torres Bodet*

De *La educación sentimental*, hay ejemplares disponibles en la Adm. del *Rep. Am.* A ₡ 2.50 el ejpr.

## Eliseo Reclus...

*(Viene a la página 248.)*

bierno francés se mantuvo al principio inconmovible, manteniendo ese terrible veredicto. Sin embargo, en diciembre de 1872, un numeroso núcleo de hombres de ciencia de diversos países, entre quienes se contaban Darwin, Amberly, Williamson y muchos otros, dirigió al presidente de Francia, M. Thiers, un petitorio en favor de Reclus, al cual prestó aquél todo interés conmutando la pena de deportación por la de destierro (enero de 1873). Cumpliendo este destierro, el geógrafo francés se estableció en Italia y luego en Suiza por espacio de algunos años.

Entre las obras que escribió en este período de su vida cabe citar *Los fenómenos terrestres* en dos tomos, y *Nueva Geografía Universal, la tierra y los hombres*. La primera de ellas, a pesar de sus indiscutibles méritos, se la conceptúa algo inferior a algunos de sus otros libros; pero la segunda, en cambio, está considerada como un trabajo admirable y completísimo (1875-1878).

Anciano ya, y apaciguados los febriles entusiasmos de la juventud, Reclus adquirió los rasgos de un apóstol de la bondad y del amor fraternal entre los hombres. Dictó cursos científicos y sociológicos en diversas instituciones europeas, contándose entre las más interesantes las clases de geografía comparada en la Universidad Nueva de Bruselas.

Eliseo Reclus murió en París el 4 de julio de 1905. «Si hubiese vivido diez años más— expresa un biógrafo de este varón insigne—habría sufrido la desilusión más grande de su vida al ver a la humanidad convulsionada por una especie de delirio de exterminio como jamás, hasta entonces, lo había registrado la historia».

## El poeta mejicano...

(Viene de la pág. 247)

*Alguna vez se subrayó en esta revista la calidad auténtica del joven poeta mejicano. Quizá muy pronto haya ocasión de insistir por razones más sólidas. El próximo volumen de prosa —de la cual nos ofrece un espléndido muestrario la* Revista de Occidente *en su número de Enero—define, a mi entender, mejor que el resto de su obra, la personalidad literaria del autor, y la sitúa entre los prosistas españoles de más firme y elevada jerarquía.*

*(Porque hoy la modestia es ya exclusivo patrimonio de una u otra legítima aristocracia. La altivez, la fanfarronería, el cinismo, virtudes baratas de estos tiempos, pertenecen al arroyo. Allí debe ir a buscarlas quien en lugar de construir su panal prefiere condimentar una ensalada).*

*Benjamín Jarnés*

(*Revista de las Españas*. Enero, 1930. Madrid.)





Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica.